

ETCETERA

CORRESPONDENCIA
DE LA GUERRA SOCIAL

n.º 9

LA REVOLUCION EN CUESTION (ES)
- FRANCIA: CRISIS E INMIGRACION,
RACISMO Y RESISTENCIA
- DE NUEVO EL REALISMO

CORRESPONDENCIA:

- SUGERENCIA PARA UN DEBATE
- REFLEXIONES SOBRE NACIONALISMO

HEMOS RECIBIDO...

- '...Y LOS DOMINGOS SOÑAR CON UN MOVIMIENTO SUBVERSIVO'
- VISION ACIDA DE LA BURGUESIA CATALANA
- 'UN BEAU VENDREDI'
- DE LLENO EN EL M.I.L.

JUNIO 86

La revolución en cuestión (es)

Un compañero de París nos ha hecho llegar el texto, que a continuación transcribimos, con la intención de aportar su opinión al análisis que muchos de nosotros venimos haciendo en torno a la actualidad o no de la idea revolucionaria y el comunismo.

Especialmente interesante nos parece la detallada exposición que efectúa de las causas por las que la idea de revolución, tal como la hemos entendido hasta hace poco, aparece confusa, en crisis. La desmitificación de algunos principios que se consideraban intocables y el estudio de los nuevos mecanismos del poder, son pasos necesarios para seguir aclarándonos en una sociedad moderna que se nos presenta demasiado compleja.

Es, precisamente, esta complejidad actual lo que nos impide vislumbrar cómo y dónde se pueden producir los movimientos que puedan llevar en su seno el germen de una revolución global no reformista. Se pueden apuntar algunas posibilidades pero viendo sus limitaciones, como hace el compañero cuando se refiere a los países occidentales o a los del Este. Pero, se trata sobre todo de «que nos quitemos de la cabeza los esquemas simplistas, pseudo-racionales, de cuyo fracaso histórico da testimonio no sólo la solidez del orden establecido sino también sus propias debilidades».

El mismo compañero nos ha remitido comentarios que ha

recibido sobre su texto y que por considerarlos interesantes también publicamos aquí.

La crisis de la idea de revolución es un hecho admitido. Basta constatar, por ejemplo, la ausencia casi total de este tema en las publicaciones libertarias. Sólo algunos intelectuales han intentado abordar este problema bajo diferentes perspectivas durante estos últimos años.¹ En los medios que llamaremos «radicales» (ya sean libertarios, marxistas, marxistas libertarios u otros) subsiste una especie de tabú sobre el tema: como si reconocer este problema conllevara un compromiso con el orden establecido, como si se renegara de los ideales revolucionarios... ¡A no ser que asuste, simplemente, por su enormidad!² No vamos a pretender aquí hacer un estudio sistemático sino más bien formular algunas constantes e hipótesis sobre este problema.

I. La revolución en crisis.

Entendemos por revolución la rápida y profunda, la transformación de las relaciones y mecanismos sociales más fundamentales, principalmente los que diseñan la estructura económica y política de la sociedad; esta transformación deberá llevar a cabo la desaparición de la explotación y de la opresión y aportará la igualdad, la libertad y la justicia.

Las sociedades occidentales (de ellas hablaremos en primer lugar) han conocido y a la vez han repelido en otros momentos, movimientos, tentativas, organizaciones y militantes revolucionarios que pretendían favorecer, suscitar, precipitar esta revolución, tomar parte en ella o bien organizarla aunque fuera de maneras bien distintas. Hoy en día nos haría falta una gran dosis de paciencia para descubrir en estas mismas sociedades algo de parecido o que evocara simplemente estas épocas anteriores. Existen, es verdad, movimientos sociales, organizaciones políticas que se reclaman obreras y revolucionarias, hay militantes e individuos que se creen tales.

¿Hace falta recordar que todas las organizaciones políticas tienen en común, el hecho de que su realidad no coincide ni de lejos con la definición que se dan de sí mismas? ¿Debemos acaso evocar la crisis del militantismo? Bastará subrayar que la crisis de la idea de revolución se expresa ante todo en la práctica: son rarísimos los comportamientos individuales o colectivos que se orientan o determinan por la perspectiva de una próxima revolución ya fuera probable o simplemente posible, cosa bien distinta de otras épocas cualesquiera que

fueren las ilusiones de entonces. En resumen, en estas sociedades la idea de revolución carece de presencia práctica.

Si esta idea no sirve, como sucedía antes, para orientar o bien organizar las distintas conductas en vistas a una próxima concreción, si es cierto que algo ha cambiado a este nivel, ¿conserva todavía un sentido? ¿juega un papel todavía en la reflexión? ¿cuál? Sirve de referencia, de código, permite un marcaje, una discriminación simbólica, anima por su intencionalidad, la crítica atenta del orden establecido y de sus arreglos presentes y futuros; recuerda que hubo momentos en los que las convicciones colectivas contribuyeron a través de los movimientos inspirados, a transformar las sociedades aunque fuera en medio de una gran confusión y no lograran obtener todos los objetivos que se habían marcado al principio, dejando entrever que dichos acontecimientos pueden repetirse y que en todo caso han dejado huellas. Permite también clasificar los ideales, las ideologías y sus partidarios en campos bien distintos y suscita, finalmente, esta puja tan grotesca como extendida que hace que se encuentren siempre más revolucionarios que uno mismo...

Sin duda el papel esencial que conserva la idea de revolución es el de orientar y estimular la crítica de las ideas reformistas. Nace de la constatación de que las reformas (económicas, políticas, culturales) que han llegado a ser el leitmotiv de los poderes de derecha o de izquierda, pueden llevar a una transformación real y profunda de las relaciones sociales, ni incluso pueden realizar sus propios objetivos por más limitados que sean y menos por tanto acabar con la dominación de clase. Si se comprueba, pues, que las reformas contribuyen las más de las veces a reforzar los dispositivos del poder renovándolo, la lucha contra el orden establecido debe postular la necesidad de una transformación revolucionaria, global, radical e irreversible. Durante mucho tiempo una tal convicción se ha alimentado de la representación de una necesidad «histórica» de la revolución, de una ley de la historia que volvería cada vez más imperativo, evidente y realizable el reemplazo de un orden o mejor de un desorden social por un orden verdadero, racional. Representación que se traducía en la espera confiada (pasiva o activa) de la agravación de las crisis económicas, del progreso de una auténtica conciencia de clase, y del desarrollo de organizaciones revolucionarias, construidas o reconstruidas de manera que pudieran prevenir y sobrepasar las degeneraciones burocráticas; y en su conjunto se traducía en la confianza del desarrollo del movimiento obrero, y en su capacidad de integrar las experiencias históricas en nuevas formas.

Por tanto, la crisis de las convicciones revolucionarias se expresa en la clara caída de este tipo de confianza, y por un escepticismo cada vez

mayor, incluso entre los más explotados, en ver difundirse cada vez con mayor fuerza los ideales revolucionarios (autoritarios o antiautoritarios). Si algo queda de esta confianza no se basa en ninguna certeza «científica», si es que alguna vez fue este el caso.

Era sin embargo tal fundamento científico (apoyado en la economía o en la historia) el que daba una aparente solidez a la óptica progresista y racionalista de todas las doctrinas revolucionarias. Esta visión del progreso de las sociedades hacia una racionalidad cada vez mayor, —visión que caracteriza a los socialismos del siglo pasado y que proviene de más allá de las Luces— justificaba la articulación de las teorías revolucionarias y de una óptica «pedagógica»: la educación, la vulgarización, la propaganda revolucionaria, contribuían a disipar los velos con los que el oscurantismo envolvía la dominación, a hacer retroceder la ignorancia y la ingenuidad y a disolver mediante la razón el apego irracional, ideológico o inconsciente al orden establecido, a la jerarquía, a las relaciones de dominación. Por tanto, si la propaganda revolucionaria no ha registrado más que fracasos,³ la experiencia parece enseñar que no estaba a la altura de las circunstancias, y el declive de las certezas científicas sobre el curso de la historia no puede más que cuestionarla de una forma aún más profunda. Pero al menos supo poner, como problema central, el de la relación al poder, a la dominación.

Y es este aún el que hoy debe reconsiderarse, ya que es aquí donde las actitudes respecto a la revolución encuentran su origen.⁴

II. Poder e identificación.

La pedagogía revolucionaria considera en efecto que el mantenimiento de la relación de dominación (es decir de un poder de regulación social desigual transferido a una parte reducida de la sociedad, los «amos», los cuales evidentemente lo defienden fuertemente) se asienta en la ignorancia general de su fundamento verdadero —económico y político, de su carácter histórico, particular y no universal e insoslayable—. La etnología moderna viene a apoyar esta perspectiva retomando la oposición entre sociedades estatales y sociedades sin Estado. Oposición criticada como simplista durante mucho tiempo. Por su parte, el análisis psicológico o sicosociológico se esfuerza en poner al día un apego profundo e irracional a la relación de dominación, diversamente interpretada, que llevaría a aceptar e incluso a desear el mantenimiento del orden no igualitario. Así quedarían bloqueados, en la mayoría de la gente, incluidos los más oprimidos, la voluntad de subversión y de revolución que fueran más allá de los movimientos de resistencia y de rebeldía que el funcionamiento social engendra diariamente.

Sin embargo, si es manifiesta la ausencia revolucionaria colectiva, podemos preguntarnos si las

condiciones de esta aceptación del poder ha tomado en consideración ciertos aspectos esenciales.

Esto es lo que dejan entender las relecturas modernas de uno de los textos que mejor han situado el problema, dejando lugar para múltiples hipótesis: el «Discurso de la servidumbre voluntaria» de La Boetie.⁵ En la pretendida voluntad de servir, o de dominar, se descifran las vicisitudes de la voluntad universal del ser colectivo, de constituir una unidad social humana y de integrarse en ella; esta voluntad puede perderse en la imagen ilusoria del «amo», figura de la «identidad imaginaria del yo-hombre y del nosotros-pueblo», «imagen de la sociedad unida y con una identidad orgánica» (C. Lefort). Pero es una figura en la cual todos se identifican en la reproducción por cada uno de la relación de dominación, reproducción considerada como aportadora de ventajas inmediatas, pero que son en realidad ilusorias y decepcionantes. Y mediante esta reproducción se instaura la «larga cadena» (La Boetie) de las redes del poder del amo, o del Estado, que hace ver este poder a la vez como algo central, único, e indefinidamente fragmentado. Cualquier dominación se mantendría conservando de toda manera la identificación a lo que figura ser la unidad social y dando satisfacciones, aunque parciales e ilusorias, a las expectativas de esta unidad.

Es precisamente esto lo que nos lleva a buscar de qué manera los mecanismos o dispositivos modernos de la dominación aseguran estas mismas funciones y llegan de esta forma a prevenir la constitución de una voluntad revolucionaria.

III. El poder moderno

Esquematisando y reteniendo sólo lo que puede relacionarse con nuestro problema, diremos que estos dispositivos modernos (propios de las sociedades occidentales, o asimiladas, las más desarrolladas) aseguran las siguientes funciones: 1. Mantener la identificación entre dominados y dominantes (y dejar así en último plano los antagonismos y los conflictos reales), ya sea a nivel social (mediante el enredo de las referencias que marcan las pertenencias de clase) ya sea al nivel institucional (máquinas electorales funcionando por todos lados, todo tipo de participación y consulta) o a nivel imaginario (escena política, medios de comunicación). 2. Dividir hasta el infinito el poder político central y difuminarlo mediante innumerables lugares administrativos y reglamentarios por todo el cuerpo social y por todas las relaciones, incluidas las que están menos sometidas a la autoridad directa del Estado, por ejemplo en los grupos y asociaciones; instaurando de esta forma una reproducción homóloga del poder que se asienta ciertamente sobre una coerción, pero también quizás más sobre la sollicitación indirecta, la codificación y el control.⁶ Este dispositivo cambia la dirección en la relación Estado/Sociedad y la vuelve a la vez omnipresente e inaprehensible. 3. Diversificar, en fin, y

fragmentar hasta el infinito las relaciones sociales mismas, multiplicando así las coordenadas de conflicto (clases, organizaciones, sexos, culturas, etnias, generaciones, etc.) sin que sea posible juntarlos todos en un eje central. Más aún, las dificultades que el Estado encuentra para controlar e integrar esta multiplicidad de conflictos (sobre todo en el plano económico) refuerza paradójicamente la representación dominante de una complejidad aplastante e insuperable de las sociedades modernas, complejidad que postularía inevitablemente un poder de Estado y pondría al mismo tiempo a éste fuera del alcance (siendo la modernidad sinónimo de poder, pero sobre todo de complejidad). En esta última categoría de dispositivos están comprendidos los que aseguran la gestión y la reproducción de esta representación de lo social.⁷

Si esta descripción rápida de los mecanismos que aseguran más o menos directamente el funcionamiento del poder corresponde a la realidad de las sociedades «modernas», se ve mejor por qué las ideas y proyectos revolucionarios conocen la crisis de la que hemos hablado.

Un proyecto revolucionario sólo podría amalgamar en torno a él una voluntad colectiva, cuando a través de los movimientos sociales, de dimensión varia pero jamás ausentes, se esbozara la representación de un objetivo colectivo que realizar, de un adversario colectivo a derribar, y de una colectividad susceptible de convertirse en sujeto de un tal proceso revolucionario. Proceso que pasaría por la neutralización de cada uno de los dispositivos arriba analizados.

Ahora bien, la sociedad moderna está precisamente preparada para presentarse como demasiado compleja, demasiado frágil y demasiado amenazada (ya sea por la crisis o por otro tipo de enemigos) para poder ofrecer una posibilidad de redefinición y recomposición radicales. Por su lado, el poder político aparece como demasiado descentralizado para constituir un adversario identificable a derrocar (e incluso a reorientar, por ejemplo a través de la lucha política institucional). Ninguno de los distintos ejes del conflicto social aparece como fundamental y decisivo, ni por consiguiente como portador de una capacidad de destrucción (y de reestructuración) global; ni el mismo eje económico: las huelgas por ejemplo pueden ser duras, numerosas, pero no se generalizan por ellas mismas sino solamente eventualmente por el exterior, y sobre todo, no producen un proyecto social, y quedan «sin perspectivas». Asistimos pues a la vez a la pérdida del proyecto revolucionario universal, de su sujeto histórico tradicional (la centralidad obrera),⁸ y accesoriamente, de los intelectuales que se consideraban sus profetas o sus sirvientes.⁹

De manera que, en las representaciones dominantes de la relación entre Estado y sociedad, como en la

relación entre los individuos y su campo de acción, así como en el funcionamiento social más cotidiano, articulado totalmente sobre la oposición público/privado, todo parece contribuir a cortocircuitar la formación de un antagonismo mayor y global, de una «partición binaria y masiva» (Foucault): ellos y nosotros, arriba y abajo, dominantes y dominados. Si es preciso que se produzca una tal polarización social —cualesquiera que sean las condiciones y las formas para que se desencadene un proceso revolucionario—, el funcionamiento normal y ordinario (precisémoslo bien) de los dispositivos enumerados lo vuelve improbable, ya que entrañan más allá del aspecto espectacular de la relación Estado-sociedad, una «molecularización» de la dominación y al mismo tiempo de las resistencias, obstaculizando su conjunción y poniendo pues fuera de juego la revolución (incluida lo que se ha llamado la «revolución molecular»)¹⁰.

IV. El poder y la revolución en cuestión.

Hasta aquí hemos puesto de relieve el fraccionamiento de los antagonismos sociales, la multiplicación de los adversarios, el alejamiento y el carácter inaprehensible del Estado, cuyas figuras diversas son, sin embargo, objeto de identificaciones fundamentales para el mantenimiento del «consensus».

Sin embargo, no lo hemos dicho todo referente a lo que en la articulación del poder en su nivel fundamental así como bajo sus formas más modernas nos permite entender lo que ha dado en llamarse «apego al orden establecido» y hostilidad hacia los proyectos revolucionarios.

Debemos insistir por una parte sobre el carácter ambiguo de la relación de dominación y por otra sobre ciertas dimensiones inquietantes de la idea de revolución, para poder comprender todos los significados contenidos en la crisis que ahora conoce.

Señalemos de entrada que lo que es rechazado con mayor fuerza y capaz de originar revueltas no es tanto la dominación o el poder como tales sino más bien sus «abusos»; y lo que es sentido como abusivo o excesivo es precisamente lo que niega, en el plano real o imaginario, esta espera fundamental indicada por La Boétie, de socialidad, identidad, unidad, reciprocidad, expectativas a las cuales el poder en su normal funcionamiento da una respuesta, al menos imaginaria o simbólica.

«El abuso de poder» tiene por efecto disipar la ambigüedad unida a la relación de poder, entonces éste aparece como pura dominación desprovisto de todo reconocimiento recíproco, de intercambios aunque sean simulados y desiguales, de socialidad aunque sea restringida y formal, en definitiva como una relación no social y como tal inaceptable. Es por esto que los odiados son el tirano, el déspota y no el amo, el gobernante o el mismo gobierno.

Y quizás tampoco es la relación de dominación lo que es «deseado» por los que la padecen o la ejercen desplazándola, si no la promesa de vínculo social que tal relación contiene (promesa engañosa ciertamente ya que el poder pervierte tal vínculo). Vínculo social tanto o más valorizado, incluso bajo las formas más miserables y alienadas, cuanto que todo lo que es específico de las sociedades modernas no deja de llevarle afrenta: la dispersión, la atomización de los individuos, la condición mecánica de sus relaciones, de sus modos de vida, lenguas, su homogeneidad asociada al carácter cada vez más abstracto y lejano de las entidades sociales (clase, nación), etc.

Sería pues necesario, para comprender en qué reposa la indiferencia hacia la revolución, invocar la convergencia entre los afectos de los dispositivos específicos y la intensidad de la «frustración social» propia de las sociedades modernas. Pero las connotaciones del tema de la revolución proceden aún de otras significaciones, ya que la idea de revolución no suscita solamente la indiferencia o la incredulidad sino más bien el temor, la aversión.

Y sabemos que no es suficiente, para interpretarlo, evocar el amor al orden o al jefe, la represión sexual, el interés individual o de clase, el adoctrinamiento conservador, el condicionamiento de los mass-media, ni incluso el sentimiento de ser abrumado por los mecanismos sociales demasiado complejos. Como tampoco basta imputar esta versión a los testimonios o a las enseñanzas que incluso los menos informados han podido sacar de las experiencias revolucionarias del siglo XX, y del modelo soviético. Y, en fin, que no podemos contentarnos de culpar la insuficiencia o las deficiencias de los proyectos revolucionarios en circulación (que serían demasiado autoritarios, demasiado violentos, demasiado bolcheviques, demasiado estatistas, demasiado sindicalistas... ¡a menos que no lo sean bastante!).

Indudablemente cada una de estas interpretaciones toca un aspecto pertinente. Pero, ¿por qué no intentar leer en esta «resistencia» a la revolución, otra cosa que no sea la alienación política, la ignorancia, la ingenuidad? ¿Por qué no puede haber aquí la intuición de algunas relaciones esenciales? por ejemplo éstas:

1) Toda revolución o proyecto de revolución se refiere al poder; se orienta a intervenir al mismo nivel que éste, participando de una visión del poder aunque se diga colectiva o desinteresada. En una visión tal, las ambiciones y los intereses ocultos son los menos controlables, siendo sobretodo ideologizados. De aquí surge la desconfianza que suscita, especialmente su secreta ambigüedad, cualquier proyecto de actuación sobre lo social, sobre todo el proyecto revolucionario, ya sea esbozado por los excluidos del poder o por otros mejor situados.

Esta desconfianza que nos muestra el carácter turbio, amenazador de dicho proyecto, es una cosa bien

diferente al apego al orden establecido; esta misma desconfianza se ve reforzada con la idea de lo que ha llegado a ser el poder en los estados modernos, con los instrumentos de que disponen y de lo que ha sido y es capaz de producir como exceso, violencia y barbarie de manera directa o indirecta.

La intervención en el campo del poder suscita inevitablemente la imagen y el temor de unas consecuencias incontrolables e incalculables. En particular el temor de lo que podría entrañar el caso de un cambio revolucionario, la monopolización del poder por uno o unos individuos, o incluso por toda una clase.¹¹ Es preciso pues continuar la reflexión sobre la relación especial con el poder que cualquier perspectiva revolucionaria contiene, e intentar así volver a encontrar los interrogantes del sentido común.

2) Cualquier perspectiva revolucionaria quiere ser radical, comportando la idea de una redefinición general y profunda de todos los terrenos y relaciones sociales, estando animada por la idea absolutamente justa de que estas relaciones son interdependientes, que la alienación humana está por todas partes y no podrá superarse más que por una puesta en cuestión global. Es pues la sociedad entera, como conjunto antagónico y como pseudo-comunidad dividida lo que se trata de destruir, y es a este proyecto de destrucción de lo existente, con sus etapas de «transición» al que se intenta unir el máximo de gente.¹²

Por tanto un proyecto de este tipo choca con el sentimiento compartido por la mayoría de oprimidos y explotados, de constituir, aunque sea en las condiciones más miserables, una comunidad verdadera, orgullosa de su cultura, de sus particularidades, de la relación específica que les une a un espacio y a una historia, de constituir un medio real por el que circula una vida social específica, con su consistencia propia, sus potencialidades, su devenir.

Este sentimiento debe ser analizado y criticado, y lo ha sido sobradamente,¹³ en lo que puede tener de irreal, de ilusorio. Sin embargo, hemos de preguntarnos si el hecho de que las llamadas a la constitución de una comunidad de los oprimidos y explotados, situada a un nivel totalmente distinto, no ha encontrado el eco suficiente ni ha provocado la consecuente movilización, no lleva a pensar en que estas llamadas contienen un desconocimiento de esta realidad social actual, valorizada, se reconozca o no, por cada uno a un cierto nivel. La idea de que los proletarios no tienen nada que perder fuera de sus cadenas, ha suscitado más el rechazo de considerarse proletario que la voluntad de ser simple fuerza de trabajo y de unirse en torno a este concepto. El proyecto de hacer tabla rasa del pasado, comporta la negación de todo lo que constituye el sentimiento de identidad de los individuos y de los grupos.

Es quizás por este lado por el que hay que buscar el porqué del éxito, a través de la historia y todavía hoy

en las más variadas sociedades, de las ideologías nacionalistas, revolucionarias o no, más que por el lado de la ideología dominante.¹⁴ Hay que preguntarse, por qué, actualmente, estas ideologías son las únicas capaces de suscitar un grado de adhesión y de movilización colectiva que durante mucho tiempo se creyó que eran debidas al retraso de las masas y a la facilidad de manipularlas. Es preciso subrayar que las únicas llamadas a la movilización revolucionaria que han suscitado un eco son precisamente las que, a través de todas las ambigüedades ya señaladas, han sabido implicar esta dimensión de la identidad colectiva concreta, y no las que evocan a un nivel abstracto una comunidad de clase que la sociedad y el poder moderno han sabido desarticular o hacer abortar, o de una futura comunidad humana de la que nadie puede dar una visión precisa, ni decir lo que mantendría de lo presente. Cuanto más radicales se pretenden los proyectos revolucionarios, menos toman en cuenta esta dimensión de la identidad, esencial a toda movilización, intentando mostrar de qué manera el presente y el pasado encontrarán su continuación en el futuro. Esta contradicción puede estar en la base de su ineficacia histórica. Cualquier tentativa de redefinición de un proyecto revolucionario debería tomar en consideración esta dimensión y sacar de ella sus consecuencias.

3) En fin, el mismo proyecto revolucionario, tal como se presenta y cualquiera que sea su versión, autoritaria o libertaria, comporta la idea de una posible y deliberada racionalización de todo lo social: a cualquier nivel, ya se trate de la organización de empresas comunes, de la producción y de los intercambios económicos, de las relaciones entre los individuos y entre los grupos, de la gestión de los conflictos, o de la desviación, de la determinación del futuro, es decir, de las decisiones colectivas, etc., etc.

La incredulidad que parecida idea suscita, ¿es simplemente un signo de ignorancia o más bien expresa el sentimiento del carácter vivo, opaco, imprevisible, de todo el cuerpo social, de toda la sociedad? La certeza de tal realidad no puede ser sometida, sin riesgo de convulsiones profundas, al intento de redefinición integral racional por muy bien intencionada que sea. En vano se protestará diciendo que los proyectos auténticamente revolucionarios no se proponen esta racionalización integral, ya que nadie puede precisar el campo de las transformaciones, los principios conductores, las precauciones concretas que les evitarían cualquier rodeo racionalista o mesiánico. El recelo hacia los proyectos revolucionarios puede pues traducir fundamentalmente el rechazo de todo aquello que de alguna manera subestima la complejidad orgánica y lo imprevisible de las reacciones sociales ante las iniciativas que atañen a la sociedad entera. Se trataría del temor que inspira la violencia ejercida a lo social más que del temor de un desencadenamiento de la violencia misma.¹⁵

En suma, los escritos y proyectos revolucionarios han obviado este tipo de objeciones y de cuestiones mediante un exceso de racionalidad seria y se han preocupado poco de integrarlos a las inquietudes y certezas en las que se habían inspirado. Así se contentaron la mayoría de las veces en proclamar como objetivo la destrucción de cualquier poder «político propiamente dicho» (Marx), en anunciar la llegada de un nuevo mundo, la racionalización de la producción y del cambio (que reducidos a lo esencial, más allá de la explotación y del beneficio, serían inteligibles para todo el mundo con la ayuda de las técnicas más avanzadas), etc. Pero estos mismos revolucionarios no han superado el desafío que les lanzan, no ya los explotadores, sino los explotados y los oprimidos con su aversión hacia sus proyectos. Y sólo a condición de tomar en serio estas cuestiones podremos mostrar que el mantenimiento del orden establecido contiene también, y quizás mucho más que los intentos revolucionarios, los riesgos o mejor aún la certeza de unas convulsiones sociales aún más espantosas.

V. Las revoluciones del siglo XX.

Las cuestiones hasta aquí evocadas junto con las interpretaciones vertidas serían ciertamente inconsistentes si no fueran corroboradas por las enseñanzas que nos brindan las experiencias históricas contemporáneas por lo que se refiere a la relación entre los tipos de poder socio-político y la revolución.

Las reflexiones que se inspiran en las revoluciones del siglo XX no han sabido distinguir suficientemente el contexto en que se han dado estas revoluciones. Así se han limitado a unas constataciones demasiado genéricas por ejemplo sobre el fracaso de las revoluciones modernas en cumplir las promesas de sus proyectos iniciales o en seguir los cauces trazados por la teoría; este fracaso se atribuye según el caso y las preferencias a factores de organización (leninistas varios) o ideológicos como el predominio de la inspiración autoritaria (anarquistas)¹⁶ o bien a razones más generales como la pretendida contradicción insoslayable entre revolución y democracia¹⁷ o entre igualdad y libertad.¹⁸

Pero ha pasado ya mucho tiempo desde cuando podía evocarse la revolución como «uno de los acontecimientos más comunes de la vida política de la mayoría de países y continentes».¹⁹ Hoy tenemos que precisar más y distinguir entre las sociedades industriales occidentales (a las que se refieren todas las consideraciones precedentes) y las sociedades industriales de régimen soviéticos dejando de lado las perspectivas de la revolución en los países del «Tercer Mundo» con su problemática específica.

En las primeras, en las sociedades capitalistas occidentales, no ha habido tentativas revolucionarias al menos desde finales de los años 30.²⁰

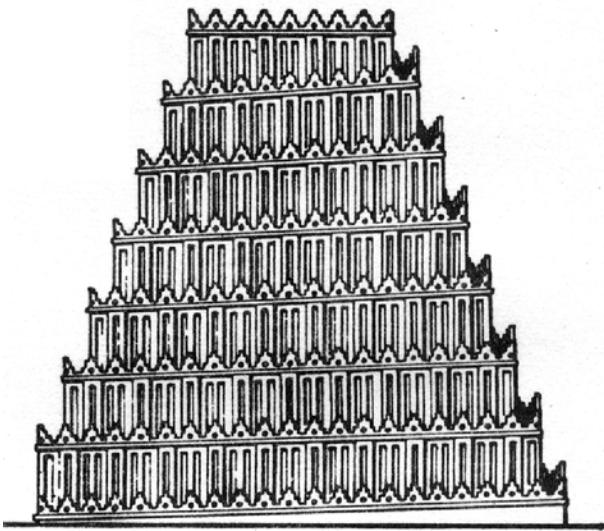
¿Y los movimientos, de 1968 en Francia, Alemania, Italia? Se trataba de movimientos sociales y culturales, y de crisis política; hubo ciertamente extensión de la «agitación» en todos o en muchos puntos del sistema social, pero no hubo polarización; no es subestimar su importancia y su significado decir que no se trató de una revolución vencida o de una tentativa revolucionaria.

Quizás la línea divisoria que trazamos debe situarse más lejos. Por ejemplo la España 1936 que continúa siendo el testimonio clásico de la creatividad social de la que es capaz un movimiento social y de la oportunidad de los ideales libertarios. Esta revolución verdadera, aunque vencida, no deja de poner, no obstante, una serie de cuestiones en cuanto a las lecciones que puede inspirar.²¹ Será suficiente aquí anotar una: esta revolución, ¿surgió en una sociedad comparable a las sociedades occidentales, comprendida España, respecto a los dispositivos integradores antes mencionados? No sería difícil detallar todas las diferencias.

Podemos remontarnos todavía más lejos, a la Alemania de los años 1919-23, en uno de los países más industrializados. Pero también en este caso hay divergencias de interpretaciones. Señalemos solamente 1) que la sociedad alemana de la época es bien distinta también de las sociedades actuales aunque sean fuertemente afectadas por la crisis, y 2) que los análisis que se inscriben en una perspectiva revolucionaria concluyen a partir de este ejemplo, en la debilidad de la conciencia revolucionaria, de la voluntad de reconstrucción radical de la sociedad, comprendidos los actores del movimiento social, y en la ausencia de polarización social.²²

De todas formas, esta época y los rasgos que la configuran, son demasiado lejanos como para poder orientar con alguna certeza el análisis de los movimientos sociales contemporáneos. Permiten como mucho confirmar ciertas ideas sobre la puesta en marcha de los dispositivos de integración. Así pues, si la revolución forma todavía parte del imaginario social, no es por su referencia a las revoluciones lejanas y ambiguas de Europa occidental, sino más bien por referencia a otras experiencias históricas, más cercanas en el tiempo pero que tienen lugar en un cuadro bien distinto, el de los Países del Este.

Efectivamente, si la revolución está todavía presente en la conciencia de los europeos occidentales, es en la medida que se refiere a acontecimientos que han tenido por escena las sociedades de tipo soviético. Es en estas sociedades más o menos industrializadas, más o menos modernas, más o menos impregnadas de cultura occidental y situadas de distinta manera en relación al contexto soviético, donde se mantienen todavía hoy las perspectivas de una revolución política y social; perspectivas que se concretizan periódicamente en intentos más o menos profundos: Alemania del Este, Hungría, Checoslovaquia, Polonia,



exceptuando la URSS que no ha conocido más que revueltas circunscritas y la contestación radical pero simbólica y frágil de la disidencia.²³ Estas diversas tentativas, habitualmente llamadas «revoluciones anti-totalitarias», muestran una pluralidad de dimensiones (democrática, proletaria, nacionalista, religiosa, e incluso anti-autoritaria y libertaria) que vuelve incierta y discutida la naturaleza de estos movimientos sociales; sin embargo, esta pluralidad de dimensiones es importante ya que indica una de las condiciones de la reconstrucción de una cohesión social activa.²⁴

Los únicos países europeos que han conocido movimientos sociales radicales y potentes, asociando las capas más diversas de la sociedad contra un mismo adversario, y con un mismo objetivo inmediato, es decir: movimientos revolucionarios, son precisamente aquellos donde se instauró un particular modo de dominación (llamado «totalitario») bien distinto del que hemos analizado más arriba.

Este modo de dominación se caracteriza²⁵ principalmente por una coerción social, política y policial muy fuerte, dotada de unos medios de violencia más o menos sofisticados y por un «régimen ideológico» de saturación, que siempre se define, aunque mal, como adoctrinación o de condicionamiento.²⁶

Tal régimen político y social, referido a su marco, es algo muy rudimentario y muy brutal, en lo que respecta a los países del Este y a la misma Rusia. Efectivamente, estas sociedades centroeuropeas o Este-europeas con su historia, su contexto oriental y occidental muy próximo, su diferenciación interna, su grado de desarrollo industrial, etc., constituyen un marco social, económico y cultural que permitiría unos modos de dominación más «avanzados», como los que encontramos en los países capitalistas occidentales. En los países del Este, un poder que funciona bajo el modelo soviético, es decir, sin escena política, sin opinión pública, sin ideología propiamente dicha, y por tanto sin integración y sin consenso, este tipo de poder impide la puesta en marcha de unos dispositivos

de identificación (salvo hacia las figuras de la oposición política como es el caso de Polonia hoy) e impide el establecimiento de todos los dispositivos modernos de las estructuras políticas de las sociedades occidentales; haciendo aparecer a los gobernantes como tiranos y al poder como un abuso permanente, permite la instalación de una polarización duradera de la sociedad (Ellos y nosotros) que puede cristalizar en cualquier momento en una relación de fuerza, a partir de acontecimientos imprevisibles y diversos, y propagarse a continuación a todos los sectores y capas de la sociedad.

A pesar o mejor dicho debido a la naturaleza de la dominación centralizada, violenta, excesiva y manifiesta, a pesar del poder los medios represivos y del recuerdo de las derrotas pasadas, es en los países del Este donde puede esperarse un retorno de las tentativas revolucionarias, sin que sea posible evidentemente evaluar sus posibilidades de éxito, de extensión en el interior del marco soviético o sus repercusiones fuera de este marco en la Europa occidental; de aquí la importancia que tienen para ésta los acontecimientos que tienen lugar en los países del Este y las transformaciones graduales que estos experimentan.

VI. Perspectivas inciertas.

En las páginas precedentes, se trataba esencialmente de aportar, desde el punto de vista del análisis político e ideológico, un complemento a las interpretaciones que clásicamente hacen depender la ausencia de movimientos revolucionarios en los países «avanzados» de los recursos aún disponibles para el capital y del efecto integrador de las organizaciones sindicales y de los partidos reformistas.²⁶

En qué medida estas consideraciones conducen a examinar de nuevo las perspectivas revolucionarias tradicionales o modernas, a precisar sus límites o sus dificultades, a profundizar ciertos aspectos descuidados, es lo que intentaremos ver ahora. No se trata, en ningún modo, de proclamar que «la era de las revoluciones toca a su fin»²⁷ ni tampoco de proclamar su retorno inevitable.

1. En la configuración socio-política de las sociedades capitalistas occidentales y en su tipo de funcionamiento, puede no verse más que el efecto de los recursos aún disponibles para el capitalismo, para remediar las dificultades que él mismo suscita. Este es el caso de la mayoría de análisis marxistas, que supeditan la concreción de cualquier perspectiva radical en el capitalismo avanzado a un cierto grado de acentuación de la crisis económica que ineluctablemente él mismo engendra. Esta agravación inevitable en un término concreto de la crisis puede fundamentarse en teoría de varias maneras, pero que esta agravación dependa de una reducción del mercado o de la baja de la tasa de beneficio, poco importa de cara a nuestro propósito.

Para P. Mattick por ejemplo,²⁸ mientras la crisis no adquiera unas proporciones nacionales o internacionales suficientes para provocar un efecto tal (es decir, en tanto que los explotados, disipadas todas las ilusiones, no se encuentren cara a la pared) las posibilidades de que se produzcan insurrecciones revolucionarias susceptibles de orientarse enseguida hacia un sentido anticapitalista, antiestatal y antiautoritario, son despreciables. Cuando esto se produzca, entonces las posibilidades serán mayores sin que esto quiera decir que sea una certidumbre ya que entonces todo dependerá del nivel de conciencia que los explotados hayan alcanzado a través de sus acciones y experiencia precedentes. Sobre este nivel de conciencia pesa la mayor incertidumbre: por un lado no podemos renunciar a la idea de una acumulación de la experiencia colectiva de los trabajadores sin riesgo de caer en un determinismo económico estricto, («la historia del fracaso es la historia de las ilusiones abandonadas y de la experiencia adquirida, sino por el individuo al menos por la clase» ya que «no hay razón alguna para suponer que el proletariado es incapaz de sacar las lecciones de la experiencia»,²⁹ pero por otro lado, puede decirse que «lo que una generación ha aprendido, la siguiente lo olvida, aunque sea por fuerzas que escapan a su control y a su comprensión»³⁰

De esta manera, siendo el proceso de la toma de conciencia de clase, indeterminable e imprevisible, quedamos divididos entre las constataciones pesimistas («después de cien años de agitación socialista, la esperanza de que emerjan movimientos socialistas que reconozcan en la relación capitalista el origen de una caída hacia la barbarie, parece bien pequeña») y la confianza en la agravación de la crisis (fundada en el análisis económico) y en su efecto sobre los explotados. Y sabiendo que en el pasado se ha «infravalorado la capacidad de la ideología marxista de influir sobre la conciencia de clase del proletariado»,³¹ no hay otro recurso más que el de escrutar, en el marco de esta misma teoría marxista, las dificultades del capitalismo, los remedios que encuentra y las resistencias que encuentra por parte de los trabajadores, y de hacer entender a éstos que estas dificultades irán en aumento y que en el marco capitalista sólo serán superadas en detrimento suyo. De todas maneras estas consideraciones son muy teóricas y abstractas, y los trabajadores no las comprenden en toda su profundidad más que cuando se encuentran de cara a la pared, pillados por la crisis. Así el círculo se vuelve a cerrar. Y como el factor tiempo en estos análisis sólo puede integrarse bajo el ángulo negativo (como factor de imprevisibilidad, no pudiendo decir nadie cuando la crisis alcanzará las proporciones «esperadas» y hará posible las reacciones salvadoras),³² el análisis de intención activista desemboca sobre una incertidumbre generalizada, tanto, que podemos preguntarnos si podemos hablar

aun de perspectiva. De esta manera, cuando nos esforzamos en poner de relieve las luchas autónomas que periódicamente estallan en el seno del movimiento social,³³ constatamos al mismo tiempo su carácter limitado, aislado, disperso, y se corre el riesgo de alimentar la idea de una integración capitalista mayor. De aquí el recurso a las teorías de las crisis. La función de ésta, se resume pues, poniendo unos límites teóricos al desarrollo capitalista, en prevenir la tentación intelectual de declarar que la sociedad capitalista está definitivamente integrada en el plano económico; resultado no despreciable pero de un impacto bien limitado.

2. Otros análisis de cariz más político, y conscientes de la necesidad de una polarización social para que surjan objetivos revolucionarios, se centran en poner de manifiesto, en las sociedades occidentales, todos los posibles signos de un endurecimiento del poder moderno, de su tendencia al «neofascismo» o al «neototalitarismo», poniendo de relieve la intensificación de la represión, de la violencia del Estado, hasta percibir una identificación entre las dominación occidental y soviética.

De esta manera se reconoce, indirectamente, que lo que es susceptible de llevar a una radicalización y a una movilización es el poder visto como pura violencia, como exceso y como abuso.

Pocos estados modernos hay que no den pie a este tipo de denuncia, por los actos de represión que ejercen, por la deriva represiva de sus instituciones judiciales, policiales, etc.

Pero también es constatable el escaso eco que la exhortación militante encuentra sobre este tema, cuando no se trata de una serena indiferencia o de una abierta aprobación; pudiéndose constatar la eficacia de los dispositivos del poder que aquí producen sus efectos. Al no poder esperar la necesaria polarización, siempre queda la posibilidad de predecir su aparición, insistiendo en la agravación de las condiciones económicas para acentuar la reorientación represiva del poder de Estado (volviendo entonces a la perspectiva «economicista» más arriba evocada.)

Basta con observar como tales reorientaciones represivas, como en RDA, Italia, España, Francia, están bien lejos de llevar por ellos mismos a una modificación profunda y suficientemente general de los mecanismos del poder, para asimilarlo a un poder de tipo soviético o para suscitar una polarización del cuerpo social en partidarios y adversarios del orden. El caso de Alemania es, como siempre, particularmente esclarecedor, quizás a causa de su «modernidad»: hubo polarización entre la sociedad y una contra-sociedad;³⁴ sin embargo, estos dos términos no estaban o no están en lucha abierta sino más bien en una relación de articulación y de complementariedad real entre una inmensa mayoría y aquellos que viven «de otra manera». Y al poder no le crea ningún problema hacerse cargo de la gestión de esta articulación.

El poder de Estado ha podido efectivamente aprender a controlar sus propias orientaciones represivas más fácilmente que a dominar sus propias contradicciones o sus tareas múltiples; es lo que se ha llamado una representación «aceptable» (a través de los medios de comunicación) y evitar aparecer como la tiranía. Ciertamente no es por el apego de los gobernantes occidentales a la democracia que la represión queda limitada (aunque mal se ve como políticos que han pasado toda su vida pública en régimen democrático, se acomodarían fácilmente a otro tipo de dominación fascista o estalinista: el poder nazi tuvo que reclutar su propio personal.) Tampoco es por su repugnancia al totalitarismo con quien los occidentales parecen entenderse bien. Es más bien para no correr el riesgo de desencadenar un proceso que reactivaría el tejido social en detrimento de la política institucional hecha de socialización y que sería una amenaza para el consensus ordinario, constituido esencialmente de distancia, de indiferencia y de fascinación de los medios de comunicación: Mayo 68 dejó entrever las consecuencias incontrolables de un tal proceso.

3. Entre las otras perspectivas que las actuales condiciones permiten tomar en consideración, una de las menos improbables³⁵ es la de una vuelta de los intentos revolucionarios en el Este; ya hemos indicado los factores que los favorecen en este tipo de regímenes. Ciertamente que las experiencias de los últimos 30 años no han mostrado de manera convincente la tendencia de tales movimientos revolucionarios a desbordar su propio marco (el marco soviético), ni tan siquiera a generalizarse en el interior de éste, no son pues ninguna prueba de la fragilidad mortal de los regímenes soviéticos. Pero tampoco se ha demostrado que estos regímenes sean capaces de enterrar definitivamente estos movimientos, sino todo lo contrario.

Si, como es bien posible, se reproducen o intensifican estos movimientos sociales en los países del Este (quizás excluida por bastante tiempo Rusia) sus consecuencias pueden ser lo más diversas. Por el momento, las que han tenido lugar (en Hungría, Checoslovaquia, Polonia) han tenido por efecto acentuar la separación entre el modo de dominación soviético, del que ya hemos dicho lo que hay de rudimentario, y las disposiciones y actitudes de las poblaciones a él sometidas; esta separación, esta brecha que se ensancha un poco más en cada crisis, los poderes soviéticos aún llegan a colmarla, aunque con una dificultad creciente. Es lo que nos muestra aún el caso de Polonia: hay allí cada vez más, toda una vida social que no se desarrolla ya de una forma paralela a las normas dictadas por el poder (como es aún el caso de Rusia) sino en contra de estas normas y de este mismo poder, el cual se ve así, cada vez más, relegado a su propio espacio institucional, lo cual es un signo de debilidad.

El poder ruso y los poderes occidentales rivalizan por ayudar a restablecer este poder a la defensiva; pero nada garantiza, sino todo lo contrario, que en las actuales condiciones, este restablecimiento pueda encontrar los caminos de 1968 o de 1956, en caso de crisis abierta. El balance del golpe militar de 1981 en Polonia, no está aún hecho: el orden que reina en Varsovia no tiene el mismo rostro que tenía hace 8 años, y el futuro está abierto.

Por otro lado, a través de los intercambios de cualquier tipo entre los países del Este y los países occidentales, estas sociedades están en constante comunicación, al mismo tiempo que sus estructuras políticas e ideológicas son heterogéneas, inarticulables. Esta aproximación, aunque no sea una asimilación ni siquiera tendencial, es fuente del divorcio entre el poder y la sociedad, de imprevisibles consecuencias.

En cuanto al impacto que podrían tener unos movimientos sociales radicales situados en el Este sobre los países occidentales, es una cosa que está por ver: aparentemente hasta hoy no han interesado y «movilizado» más que a una minúscula fracción de las sociedades occidentales, pero por otra parte han contribuido ciertamente a desmitificar las ideas corrientes sobre el régimen soviético, el socialismo, Rusia, y esto en todas las capas de la sociedad. Y, como se ha visto, esto ha repercutido también sobre la actualidad de la idea de «revolución». Estos movimientos pueden estimular todavía la reflexión y los proyectos de transformación social.

4. En fin, por lo que respecta a las sociedades capitalistas occidentales, nada excluye definitivamente la descomposición más o menos subterránea o rápida de sus sistemas de dominación, bajo el doble efecto, por una parte de sus propias dificultades económicas, políticas, etc., y por otra parte de una reviviscencia del tejido social.

Pues más que por el progreso de las ideologías revolucionarias corregidas y revisadas, es por los movimientos y acciones que ponen límites a la dispersión y atomización, reconstruyendo grupos y comunidades reales concretas, ya sea en el plano local o en el plano de las luchas sociales, como puede darse (en el mejor de los casos) un proceso de resocialización (seguramente limitada, parcial, efímera), que continúa siendo la condición para que sean emprendidas unas transformaciones por un sujeto colectivo, provisto de una identidad y capaz de reconocerse él mismo.

Vano es oponer al reformismo ingenuo de los socialdemócratas el antireformismo revolucionario: hoy como ayer sólo es en relación a objetivos inmediatos, próximos, visibles, y por tanto limitados, que pueden constituirse en intenciones y proyectos de acción colectiva. Los objetivos de transformación global, radical, quedan sin consistencia y no tienen ningún eco, en tanto que no aterrizan sobre acciones y movimientos en curso.

Y aún sería preciso, en este caso, que estas ideas y proyectos «revolucionarios» integraran dimensiones y aspectos hasta hoy descuidados o rechazados. En particular los que hemos evocado.

Así, cualquier acción colectiva implica un componente de identificación «plural», puede incluir dimensiones económicas, culturales, étnicas u otras, no puede juzgarse su sentido, sólo es por sus efectos sociales que tales componentes manifiestan una orientación radical o conservadora. Ciertamente se ha de estar alerta con los usos y manipulaciones que esta pluralidad de dimensiones suscita, pero es inútil postular en teoría el predominio de uno solo de ellos.

Por otra parte, como toda identidad colectiva tiene su fundamento en la realidad actual, los proyectos de transformación deben contener una cierta valorización de lo existente y no sólo su crítica. Es necesario, si es que se quiere encontrar alguna adhesión, evocar aquello que debe ser conservado y desarrollado, o aquello ante lo cual hay que detenerse al menos provisionalmente; delimitar por tanto el campo de intervención, la dimensión de la racionalización. Al mismo tiempo esto es una manera de descargar los temores que el poder y sus empresas hace nacer, de dar testimonio de un respeto de lo social y de su «autonomía», poniendo al mismo tiempo la posibilidad de una reapropiación de lo político, y no de su destrucción.

El tiempo dirá si ante los dispositivos de poder que los países mejor provistos han puesto en pie, subsisten las bases sobre las que pueden desarrollarse movimientos radicales y empresas de transformación social global. Hoy por hoy, los aspectos más agudos y más concretos de las crisis económicas ponen de manifiesto la irracionalidad creciente del sistema en cuyo interior están encerrados los cambios en curso. Por su lado, la persistencia y en ciertos momentos la intensificación de todo tipo de resistencias, en particular de las luchas sociales, dan testimonio de los límites contra los que chocan los poderes mejor equipados. Así resurge periódicamente la idea de una ruptura necesaria, de una polarización de la sociedad, capaces de orientar estas reacciones y estas constataciones hacia iniciativas prácticas.

Esta idea no obstante no tomará cuerpo, no suscitará un eco, no podrá animar tales empresas más que con ciertas condiciones: que nos quitemos de la cabeza los esquemas simplistas, pseudo-racionales, de cuyo fracaso histórico da testimonio no sólo la solidez del orden establecido sino también sus propias debilidades. Esta era la dirección que queríamos indicar y por donde nos parece que hemos de orientar nuestro trabajo, aunque sea al precio de la renuncia de las ideas confusas de la «revolución».

C.O., febrero 1985



Notas

1. Citemos, por ejemplo: Castoriadis, «*L'institution imaginaire de la société*» I, 2 (*Théorie et projet révolutionnaire*), París, 1975; Esprit, set. 1976 «*Révolution et Totalitarisme*» (M. Richir, C. Lefort, P. Thibaud). C. Lefort, varios textos algunos de los cuales retomados en «*Las formas de la historia*», París, 1981, al igual que un prefacio de 1979 a «*Eléments d'une critique de la burocratie*, París 1979; *AUT... AUT* sept. oct. 1980, núm. 179-180 (L. Berti: *Rivoluzione o...?*) et février 1981, núm. 181 (A. del Lago, P.A. Rovatti).

2. Suscribo, de una manera global la definición dada por T. Ibáñez en el coloquio de Venecia de 1984. Es de una manera consciente el hecho de que no quiera entrar en la discusión sobre el carácter más o menos fundamental de lo económico o de lo político.

3. Algunos acontecimientos, como los de España en 1936-37 o los del mayo 68 pueden hacer creer que los movimientos sociales se deben a todo un trabajo cultural que les ha precedido.

4. Al revés de lo que sucede con el tema de la revolución, el tema del poder es ampliamente investigado, y no solamente por los libertarios. Cf. por ejemplo *Volontá*, 1983/2 (A. Bertolo; E. Colombo) y 1983/3 (J. Clark, T. Ibáñez, D. Roussopoulos), y E. Enriquez, «*De la borde a l'État*», París.

5. Se trata de la reedición del texto de La Boétie hecho por Payot, París, 1976, así como los comentarios que le acompañan, principalmente los de P. Clastres y de C. Lefort (Del texto de La Boétie hay edición castellana, Etcétera 1978).

6. Recordemos el análisis del poder hecho por Foucault en «*La volonté de savoir*, IV» 2, Méthode (p. 126-127) París 1976 -aunque no tengamos tan en cuenta la idea de un carácter estrictamente relacional de las relaciones de poder-. Señalemos que, para Foucault, si el «código estratégico de los puntos de resistencia» conlleva a veces «un reparto binario y masivo» y «hace posible una revolución» (127) no existe, para él, y en relación con el poder, «un lugar del gran rechazo, alma de la revuelta, hogar de todas las rebeliones, ley pura del revolucionario». Este «código estratégico es, cuando se produce, completamente misterioso».
7. Cabrían aquí, de una manera especial, todas las consideraciones místicas o inspiradas (ya sean entusiastas o críticas) que suscitan las «comunicaciones», las «nuevas tecnologías», la informatización, etc.; todo lo que profetiza de una manera u otra la inclusión de la sociedad futura en este cuadro, contribuye al mismo resultado ideológico.
8. Cfr. al respecto L. Berti, en el núm. de *AUT...AUT* citado, así como en *Primo Maggio*, núm. 21, primavera 1984, también el *Collegamenti*, 10 y 11/12, 1984.
9. El acta de defunción de estos intelectuales fue dirigida por Lyotard en «*Le tombeau des intellectuels*», Galilée, 1984.
10. Cf. F. Guattari, «*La révolution moléculaire*», París 1977.
11. Cf. Lefort, en el prefacio ya citado de «*Éléments d'une critique de la bureaucratie*» pg. 10: «Me daba cuenta que no tenía sentido comprimir la Historia dentro de los límites de una clase y hacer de ésta el agente de una realización de la sociedad»
12. Me estoy refiriendo a los interrogantes formulados por Lefort en «*Questions sur la révolution*» y «*L'insurrection hongroise*» («*L'invention démocratie*» op. cit.).
13. Aunque sólo fuera por Marx mismo, y ya sabemos con qué exceso significativo. Cf. los textos reunidos por G. Haupt, M. Loewy, C. Neill «*Les marxistes et la question nationale*» París 1974.
14. Este problema lo plantea como nadie lo ha hecho Castoriadis «*L'institution imaginaire de la société*» pg. 207-208: «Este imaginario de la nación se rebela como más sólido que cualquier realidad, como nos lo han demostrado dos guerras mundiales y la supervivencia del nacionalismo».
15. Este problema se analiza en TALMON. «Les origines de la démocratie totalitaire» 1952 (París 1966).
16. Es el tema de la intervención de O. Alberola en Venecia, 1984: «Abandonar o reinventar la revolución»
17. Cfr. por ejemplo M. Richir en *ESPRIT* en sep. 1976.
18. Cfr. por ejemplo M. Horkheimer «*Teoría crítica*», París 1978 p. 358.
19. H. Arendt, «*De la révolution*» París 1967, 1963).
20. Estos cincuenta años pueden no parecer nada comparados con el curso y la lentitud de la historia universal. Sin embargo permiten que la reflexión tenga cierta distancia. Por otra parte parece que el curso de la historia se ha acelerado...
21. Cfr. F. Mintz. «*L'autogestion dans l'Espagne révolutionnaire*» París 1976.
22. Cfr. los numerosos textos que P. Mattick ha dedicado a la revolución alemana, p. ejemplo: «*R. Luxemburg, une rétrospective dans le marxisme, hier, aujourd'hui et demain*», París Spartacus, 1983. p. 109.
23. Habría que analizar de una manera especial las razones de la ausencia de movimientos revolucionarios en la Rusia Soviética y preguntarse si hay que alinearla entre los países modernos o avanzados.
24. Cf. C. Lefort, «*L'insurrection hongroise*», op. cit.
25. Propusimos un análisis de este dispositivo particular de dominación: Cf. Orsoni, «*Le régime idéologique soviétique et la dissidence*» Ed. Nautilus, París 1983. Habría que completar este análisis con el de los medios que han permitido la casi completa eliminación de la disidencia en la URSS.
26. Las funciones de integración capitalista y de neutralización de las tendencias radicales, asumidas por las organizaciones que se autodenominan «obreras» no hacen falta ser ni demostradas ni recordadas.
27. A. Touraine. «*Le retour de l'acteur*» París, 1984.
28. Las reflexiones sobre la postura ejemplar de P. Mattick, como queda expuesto. P. ejem. en «*Le marxisme hier, aujourd'hui et demain*» op. cit. p. 28.32, sirven, evidentemente, para todas las posturas menos profundas o coherentes.
29. Ibid. p. 32.
30. Ibid. p. 30.
31. Ibid. p. 31.
32. P. 32 «El cambio histórico es un proceso extremadamente lento... sobre todo si lo medimos con la duración de una vida humana». Podemos preguntarnos si por otro lado, no es sólo esta medida la que realmente importa.
33. Cfr. p. ejem. el análisis de la huelga de los mineros ingleses por Henri Simon, *I.R.L.* núm. 58 enero-febrero 1985.
34. Está claro que no se trata de la Fracción del Ejército Rojo (RAF) ni de intentos parecidos que provocan el efecto contrario de lo que pretenden obtener y refuerzan la cohesión y el consenso en vez de disgregar. Cfr. respecto a este problema «*L'autonomie en France et en Italie*», París, Spartacus. Se trata de la contra-sociedad de los que se esfuerzan en «vivir de otra manera». Cfr. «*Ils vivent autrement*» I. Dieiner, París.
35. Existe, por lo menos, otra que es la de la guerra. Surge de un análisis (y de unos medios de análisis) en el que no queremos entrar aquí. ♦

Correspondencia en torno al anterior texto.

Este texto procede de un intelectual, lo cual no es que sea peyorativo pero deja entender dos cosas:

-Aunque globalmente es interesante, me es difícil ver de qué manera se aplica a la realidad ya que no da ningún ejemplo concreto.

-Estoy cada vez más persuadido de que, con las palabras, las referencias y las articulaciones necesarias, se puede demostrar, lo cual quiere decir que la coherencia del conjunto oculta puntos precisos que están en litigio.

Formado en la OCL estoy de acuerdo en la necesidad de recomposición del tejido social, de identidades colectivas aunque no se trate de una clase homogénea. Esta recomposición pasa por momentos de lucha, en los cuales la comunicación es más desarrollada y las contradicciones son más palpables que en la vida diaria; pero, ¿lucha para qué y cómo? Es aquí donde se situarán cada vez más los grandes problemas para quienes todavía no han caído en los brazos del PS pero que al mismo tiempo no se contenta con repetir un discurso revolucionario inmutable... Vista la realidad y complejidad (en particular como dice C.O. por el hecho del estallido de las redes del poder) del capitalismo, cualquier lucha que no transforme definitivamente las relaciones de explotación es reformista y por tanto es digerida e integrada por el sistema. Entonces o te vas a dormir, ya que esta ruptura total no se ha producido, o haces reformismo radical, es decir, crear momentos de rupturas parciales que sin embargo apañan la máquina a más o menos largo plazo. Nosotros no tenemos ninguna receta interpretativa de estos momentos, ningún medio de saber si es peor o mejor, o inversamente, si finalmente llevando a término una acción que no va hasta el final (final en sí mismo relativamente desdibujado) no hacemos más que jugar nuestro papel, autorizado por la democracia, de rebeldía puntual.

Para mí una organización específica tendría que servir para elaborar estos medios de interpretación. En este sentido desconfío de este abandono de la idea de Revolución. No en sí, hace mucho tiempo que no espero la gran tarde todas las mañanas, sino porque la ideología, la percepción teórica de las relaciones sociales, tiene en sí una función de «movilización». Tomemos un ejemplo: estoy enamorado, tengo mi perra, mis amigos, la vajilla por hacer, etc..., ¿por qué iría a perder el tiempo, a confeccionar el boletín de la OCL, o a reuniones para los Kanacs que habitan a miles de kilómetros? Creo que detrás de todo esto hay una necesidad de globalizar, por tanto una idea que hace actuar. Ya que si sólo se tratara de obtener mejoras inmediatas el resto no me

concerniría. Ciertamente hablo del punto de vista del militante que tiene necesidad de la seguridad de su capilla. Pero en lo inmediato es a los militantes a los que concierne la idea de revolución. Y despacharla sin otra cosa coherente para desplazarla sería como negar el papel del nacionalismo, de lo conocido, en el inconsciente popular.

Como individuo C.O. hace teoría. Está bien y es utilizable. Pero como individuos organizados estamos confrontados a otras realidades. Por una parte porque a menudo intervenimos en terrenos muy minoritarios (por ejemplo el antimilitarismo) y porque por otra parte en una lucha más real (más concreta y compartida con «no militantes») es insuficiente ponerse los problemas únicamente en términos de reivindicaciones inmediatas, incluso si este aspecto de las cosas permite una «...reviviscencia del tejido social...» lo que es ya una adquisición. Creo entender que C.O. piensa que es en el nuevo desarrollo de relaciones sociales donde podrán hacer un proyecto más global. Es cierto pero delicado: cuando estás metido en una lucha diaria, lleno de problemas, no tienes el tiempo de reflexionar en la globalidad, al tiempo que el poder está globalmente bien situado. Lo que hace que al final de un momento esta lucha se sofoque (y que es mejor pararla aunque se haya ganado poco) o choque con una represión proporcional a su radicalismo (en este momento ya es tarde para volver atrás).

L.D.

Sobre las dificultades para identificar al enemigo, cabe decir que esto siempre ha sido un problema, tanto a nivel de debate de los grupos minoritarios como a nivel de masas. En cualquier caso, no hay ninguna razón para que en la actualidad hubiera de ser una cuestión dilucidada (sobre todo dada la ausencia de movimientos reales-generales que demarquen con precisión los términos del enfrentamiento). Aportando una experiencia personal puedo mencionar la huelga de empleados de hospitales en Italia: allí el enemigo estaba claramente definido y a un nivel no precisamente minoritario.

...Pero ¿verdaderamente los mecanismos de dominación son tan perfectos? Creo que la vida real está llena de contradicciones y de posibilidades, en mucha mayor medida de las que podamos llegar a comprender con los presupuestos con los que partimos, para su descripción. Mi experiencia personal reciente me lleva a

concluir que existen numerosos focos de conflictividad que se reproducen de una manera mucho más rica y diversificada de lo que lo hacen los mecanismos arbitrados para su neutralización. Asumir este punto de vista para el análisis de la complejidad social y de sus contradicciones (por ejemplo, las dificultades de generalizarse, los puntos flacos de los movimientos, la incapacidad de las minorías que intervienen en ellos, etc.) lleva en su conjunto a una visión menos pesimista de las contradicciones sociales.

...Incapacidad de las luchas para generalizarse y articular un proyecto social. Es un poco aventurado decirlo. Veamos la experiencia de los trabajadores de hospitales: las cosas evolucionaban al ritmo en que se extendía la misma lucha. Su nivel de autoconciencia aumentaba con relación al entorno social, a medida que surgían nuevos problemas, nuevos adversarios, nuevas condiciones y nuevas posibilidades de solución. La cuestión del proyecto social no es un producto de mera discusión de cenáculo político sino una cuestión ligada al desarrollo de las luchas (recordemos el debate sobre la constitución de la clase, por ejemplo en Krhal, o en los años 20 en el debate Tasca/Bordiga y otros similares: en realidad es un debate que está presente a todo lo largo de la historia del movimiento obrero.

...No estoy muy de acuerdo con la ecuación tiranía=incitación a la rebelión. A este análisis se podrían añadir las formas de consenso (quizás diferentes de las que se dan en las sociedades democráticas) que se establecen en torno al tirano y al más despótico de los poderes. Baste, a este respecto, recordar el fascismo y nazismo que organizan el consenso de masas reestratificando la sociedad (el nazismo probablemente con más habilidad y a mayor escala) y crean espacios de consenso incluso en los sectores obreros. Ahora bien, el consenso se vincula a las vicisitudes del ciclo económico o a la prosperidad de que disfrutaban algunos sectores sociales en las formas de integración. No olvidemos que estos sistemas resistieron durante casi dos décadas y que su eliminación fue producto del encuentro frontal con las otras naciones capitalistas, siendo la oposición políticamente organizada de escasa relevancia o, de cualquier forma, tardía.

...La rigidez de las formas de dominación en los países del Este es seguramente un elemento importante pero no creo que esto lo explique todo. 1) Las revueltas, las tentativas de reforma-represión-reacción popular y las acciones desestabilizadoras que han tenido lugar en la Alemania del Este, Hungría, Checoslovaquia, Polonia no son solamente diferentes a los movimientos de las sociedades occidentales, sino también diversas entre sí. En este sentido generalizar parece un poco arbitrario. 2) Creo que la propia rigidez de los regímenes imperantes en el Este a veces contagian nuestro análisis. No estoy

de acuerdo con que allá no existan sectores sociales de consenso con el poder. Tienen formas diversas, delimitaciones más claras, menor versatilidad social (aunque esto está por ver), pero es indudable que existen.

...La adhesión del cuerpo social, en su conjunto, no es necesariamente fruto de una mayor riqueza o pobreza, de la represión o de cualquier otro en absoluto, sino de la combinación de esos factores con las divisiones y estratificaciones de la sociedad y del proletariado, de la presencia de minorías interviniendo activamente (producto pero también consecuencia de la agitación social), del peso y de la cohesión de los sectores intermedios en la sociedad, el mantenimiento de los valores culturales, etc. Mi impresión es que la mayor capacidad del poder para contener la explosión de movimientos sociales no depende sólo de su propia fuerza sino de la sorda ebullición que se puede estar produciendo en el seno de la sociedad, lo cual nos impide, igualmente, a nosotros, comprender con exactitud cual es el tipo de presión que surge en el interior y qué probabilidades existen de que vaya hacia adelante. Un ejemplo de las dificultades que se pueden encontrar a la hora de detectar explosiones sociales antes de que se produzcan lo tenemos en el conflicto de la SNCF o en el de los estudiantes italianos.

...La relación que se establece entre crisis y subjetividad me parece definido de una manera excesivamente rígida y mecánica; si se puede sacar alguna experiencia interesante del «obrerismo italiano» es precisamente la reflexión en torno al nexo de unión entre el desarrollo económico y luchas obreras, aportando una indudable ampliación del horizonte de la subjetividad proletaria. Con la crisis, quizás se incrementen las posibilidades de ruptura, pero me parece exagerado ver ambas cosas con una estrecha dependencia mecánica. De todos modos, creo que más que el análisis de P. Mattick, en este caso lo que te interesa es el trasfondo pesimista que lo preside. Por otro lado, las experiencias de mi generación son bastantes diferentes de las tuyas y constituyen una base de reflexión mucho menos pesimista.

...Estoy de acuerdo en la crítica al «neo-fascismo» y «neo-totalitarismo» que no sólo no aportan nada acerca de la realidad de la compleja articulación de la sociedad occidental, sino que propagan la ilusión sobre el hecho de que la denuncia de la maldad del Estado sea un factor de movilización social (tal posición es deudora del posicionamiento de la Tercera Internacional que veía el fascismo como el verdadero rostro del capitalismo, último estadio de su evolución antes del derrumbe; y ése ha sido el punto de partida de los grupos armados italianos –pero también en otros lugares– cometiendo las mayores tonterías y sembrando ilusiones a manos llenas).

(termina en la página 284)

FRANCIA: CRISIS E INMIGRACIÓN, RACISMO Y RESISTENCIA

En la noche del 28 de setiembre de 1985 en Lyon, un servicio de orden privado prohíbe la entrada a jóvenes de origen árabe en un concierto de rock. De las amenazas se pasa a los actos: Norredine es asesinado a navajazos. Se oyen gritos: «lo que hacéis es producto del fascismo»; los asesinos responden: «sí, y está muy bien». Una semana más tarde varios miles de jóvenes venidos de los barrios se manifiestan en el centro de la ciudad. En Manosque, pequeña ciudad del sur, se multiplican desde hace meses las agresiones racistas. El día 10 de noviembre dos jóvenes disparan al dueño de un bar porque se negaba a servirles bajo el pretexto de ser árabes. Al cabo de una semana la extrema derecha y la asociación de comerciantes organizan una manifestación y paralizan la ciudad durante un día. El día 18 de noviembre, la dirección de «Carbones de Francia» (minas que pertenecen al estado) anuncian su intención de despedir a 3.000 mineros marroquíes, a los que se les propone una «ayuda de regreso»... Se calcula que el elevado número de regresos, llamados «voluntarios», de emigrantes desde hace cuatro años, ha permitido mantener estables las estadísticas del paro. Exportar parados emigrantes: he aquí el último gran descubrimiento del socialismo francés.

Estos tres hechos darán una idea al lector de la atmósfera de tensión racial y de xenofobia que se ha instalado en Francia. Hace ya varios años que el debate sobre el conjunto de los problemas planteados por la crisis económica y social se cristaliza alrededor del problema de la emigración. Si es cierto que los emigrantes constituyen siempre una parte importante de la clase trabajadora, no lo es menos que sus hijos se están convirtiendo en el proletariado del mañana; proletariado destinado a pudrirse en una situación de largo y penoso paro y de marginación social. Es en estos ambientes donde se han hecho sentir los efectos de la crisis principalmente. Pero, poco a poco esto va a afectar a todos los trabajadores incluidos las capas más privilegiadas de los trabajadores cualificados. A la euforia de un futuro cada vez más rosa le ha sucedido la angustia y el miedo ante una situación en la que se distribuye una parte cada vez más reducida de la renta social a los que la producen. En esta circunstancia, la gran tentación es intentar por todos los medios reducir el número de los beneficiarios, ¡de la pequeña parte del pastel!

La lucha y la competencia entre los que cada vez tienen menos toma el relevo a la lucha contra los que

siempre lo han tenido todo. El emigrante es la víctima fácil en este juego, el cabeza de turco ideal. En la búsqueda de una vivienda inalcanzable, de un trabajo inexistente, en las colas del paro y de las nuevas «sopas populares», el emigrante es el que está de más, el que molesta. Si no estuviera, todo iría mejor o por lo menos no tan mal... Una vez más una situación de penuria da lugar a valores y actitudes irracionales, egoístas, a conflictos entre individuos que tienen los mismos intereses sociales, la xenofobia y el racismo —bien anclados en cualquier sociedad que tenga un pasado colonial— se convierten hoy en día en elementos constitutivos de la crisis.

Sólo en un año se han contabilizado más de doscientos crímenes racistas en Francia y desde 1982 ciento treinta jóvenes han muerto a manos de la policía o de «locos racistas». La emigración se ha convertido en el único punto de confrontación electoral, cuando es muy difícil encontrar diferencias significativas entre los programas de las diferentes organizaciones del espectro político. En este contexto la importancia que ha tomado el nuevo partido de la extrema derecha parlamentaria, el Frente Nacional de Le Pen, no ha hecho sino banalizar un racismo ya existente. Las propuestas delirantes e irracionales del pequeño comerciante o del ciudadano medio toman, de golpe, un valor nuevo, el de «opinión política». El éxito de este partido halla su explicación en el espacio que el poder socialista le ha concedido en los medios de comunicación, encuadrado esto en su táctica de dividir a la derecha parlamentaria. Se saca el «coco» del Frente Nacional para fastidiar a los gaullistas, para despertar el antifascismo o incluso el día en que la Armada decide parar el «affaire Green Peace». Este racismo militante se halla muy localizado, principalmente en capas de la pequeña burguesía y en esta «Francia profunda» de la que siempre han surgido los batallones de las fuerzas reaccionarias y conservadoras. Se halla, evidentemente, presente en la mentalidad de los trabajadores(as), franceses(as), aunque no se puede decir que se trate de un factor de movilización organizada en los lugares de trabajo, donde la gente lucha o se somete (casi siempre) de manera solidaria y unida. Los que sufren más esta situación son los jóvenes provenientes de la emigración, que han crecido en estas enormes barriadas víctimas de una altísima tasa de desempleo. Sus actitudes, intereses, sus referencias tienen muy poco en común con el mundo de sus padres: el emigrante de los años 60 con la maleta

en la mano y la sumisión en los labios. Es aquí donde se nota lo ridículo de los razonamientos sobre el «peligro de pérdida de la identidad francesa». Dejemos a un lado la vaga definición de esta «identidad» y de las pretensiones culturales que conlleva como si cualquier oficinista, cuadro u obrero que tenga un apellido fuera capaz de citar a Chateaubriand y Proust, conocer las diferencias entre Girondinos y Jacobinos, entre la pintura de Monet y la de Manet... El contenido de este razonamiento es esencialmente racista. Enseguida se da uno cuenta que hay emigrantes y emigrantes; si el emigrante es blanco y parece católico no hay problema. El emigrante es a fin de cuentas el negro, el árabe, el islam. ¡Está llegando Jomeini! ¿Pero de qué cultura árabe invasora se trata? El más vulgar observador puede darse cuenta que todos estos jóvenes que se arrastran por estos barrios de pesadilla se interesan tanto por el islam como a los jóvenes con apellido francés les puede interesar los sínodos del Vaticano. La mayor parte de ellos no hablan árabe y el rechazo entre las chicas de las costumbres machistas y patriarcales es general. Su «cultura» es la del mundo moderno, del rock y de la tele, de la delincuencia... ¿Pero qué importa?, desde el momento en que se ha producido la mezcla, en que se ha creado el miedo a la diferencia. El día de mañana ya no habrá ni Francia ni Europa. Por todos los lados estará Jomeini. Terrible, ¿no?

Es precisamente entre estos jóvenes, de estas concentraciones urbanas, donde se han mezclado todos estos grupos de trabajadores importados en los años posteriores a la guerra, donde ha nacido una resistencia contra esta atmósfera de xenofobia y de racismo. Se han constituido gran cantidad de grupos, asociaciones y núcleos informales; una especie de movimiento invisible que sale a la luz del día cada vez que acontece una agresión racista. Es muy difícil de conocer su amplitud ya que toma forma fuera de las organizaciones políticas tradicionales que, aquí como en cualquier parte, cada vez tienen menos contacto con la realidad. Esta red subterránea de autoorganización es un fenómeno nuevo en la vida social francesa de los últimos años.

Con ocasión de algunos actos racistas especialmente significativos, la rebelión ha ido más allá de los «guettos» de los barrios periféricos. Se buscó la manera de encontrar las formas de acción para plantear el problema dentro del conjunto de la sociedad francesa. De esta manera nació en 1983 la idea de una marcha antirracista a través de Francia. Esta primera marcha acabó en París en diciembre de 1983 con una gran manifestación. En el último momento, el Gobierno

Socialista le prestó su apoyo, pero los jóvenes provenientes de la emigración no se dejaron engañar durante mucho tiempo por esta recuperación. De hecho, las medidas concretas tomadas por los socialistas hablaban por sí solas. Desde las insinuaciones sobre el «peligro islámico» durante las huelgas del sector del automóvil, a las nuevas leyes limitando el agrupamiento de las familias emigradas, pasando por un número jamás visto de expulsiones, las trampas puestas a los «clandestinos» y el envío de los emigrantes al paro, todo iba dirigido hacia un resurgir de la xenofobia y a reforzar el cliché según el cual la emigración era la constante de todos los problemas. Lo que realmente no ha gustado nada ha sido ver a los ministros responsables de estas medidas, desfilar a la cabeza de esta manifestación antirracista. Fue entonces cuando surgió la idea de una «marcha» de otro tipo. Una marcha que estuviera centrada, esta vez no sólo en la denuncia del racismo sino que reivindicara el «derecho a las diferencias dentro de la igualdad». De esta manera nació «Convergence 84». Desde sus inicios este movimiento expresará una nueva sensibilidad cercana a las concepciones libertarias. Sus militantes dan prioridad a la acción de base, dando la palabra y la iniciativa a los núcleos activos en los barrios, provocando su creación allí donde todavía no existen. «Convergence 84» se propuso, como otra línea de acción, enfrenar a los antirracistas profesionales con sus propios actos. Los participantes en la marcha iban por todos los pueblos interrogando a los alcaldes de izquierda sobre la manera como aplicaban las cuotas en la distribución de viviendas, las plazas escolares, su actitud ante la agrupación de familias emigrantes y la represión de los jóvenes. Esta actitud no gustó nada a los políticos pero creó una dinámica en los barrios y animó a los jóvenes más combativos.

Este rechazo del compromiso con las instituciones permitió el inicio de una discusión más global sobre los fundamentos de las desigualdades. Se expresaron propuestas e ideas nuevas, a veces de manera confusa, pero provocativa, más allá de la palabrería paternalista y maniquea del antirracismo. Se empezó llegándose a ocupar una plaza de excluido: «extranjero es el que no vive en Francia» para pasar a reclamar una nueva «ciudadanía» fundada en una separación entre derecho y «nacionalidad», en derechos que no impliquen una identificación con valores nacionalistas. No se pedía «ser francés» sino tener todos los derechos allí donde se viviera. Se entiende que, ante estas propuestas, la gente de izquierda se sintiera inquieta... En diciembre de 1984 la marcha de «Convergence 84» llega a París y ¡50.000 personas se les unen! Eran menos que el año anterior pero esta vez las cosas estaban más claras. Se estaba en contra de la recuperación política, decididos

de una manera muy fuerte a ir más allá del nacionalismo. De la experiencia de «Convergence» quedan hoy en día pocas cosas concretas, pero las actitudes y las ideas no han desaparecido. No hay que equivocarse, fue un momento muy importante en la sucesión de todas las movilizaciones referentes a los problemas de la emigración. Por primera vez se plantearon, se discutieron cuestiones políticas en un ambiente independiente que privilegiaba los grupos de base, la autoorganización de los interesados. En un libro que acaba de publicarse¹ encontramos lo esencial de los debates que dieron vida a este movimiento. Lo primero que se constataba, al hacer un balance, era el sentimiento de no haber podido llegar al principal objetivo deseado: el de ir más allá de la problemática «racismo-emigración» para llegar a plantearse la de las desigualdades sociales en general. Aunque esto sea cierto, hay que resaltar, sin embargo, que «Convergence» logró movilizar muchas comunidades de emigrantes incluyendo a la más numerosa que es la portuguesa.

Era la primera vez que esta última se comprometía a nivel nacional en acciones que repercutían en el conjunto de la emigración. Bajo mi punto de vista, el texto de un participante portugués en la «marcha» plantea los problemas más interesantes en este libro; explicando el nacimiento de «Convergence», dice: «no queríamos encerrarnos en una postura defensiva, que no haría sino responder a los argumentos o a los delirios racistas. Si hubiéramos actuado así hubiera significado negar nuestra propia capacidad, nuestra imaginación, o simplemente nuestra experiencia».

Explica, a continuación, sus enfrentamientos con los políticos antirracistas para concluir diciendo: «vamos a entendernos, en el terreno en que luchábamos, estas fuerzas políticas no sólo habían demostrado una gran falta de valentía sino que, peor, querían olvidar estos problemas en nombre de la opinión pública o mejor dicho, del electorado, que no estaba todavía preparado. Pues vivimos en un país en el que los que acusan a los demás de ser racistas son los que aplican las cuotas de habitabilidad o incluso los que ayer desfilaban con nosotros en la calle contra las expulsiones, se vanaglorian de ser los campeones rechazando emigrantes cuando están calientes las papeletas del voto. Esto ha sido ya demasiado y a base de hacernos dar vueltas han conseguido, no que nos volviéramos histéricos o irresponsables, sino simplemente lúcidos. Todos los que han sido objeto de varios deseos de recuperación, os lo dirán». Plantea finalmente el problema de la emigración de una manera más histórica señalando que hoy en día se da el final de una emigración que estuvo provocada por la fase del desarrollo de la post-guerra. Se veía al emigrante como el que se hallaba de paso, un residente

provisional. Hoy en día este emigrante se instala, adquiere una ciudadanía social y cultural y reivindica una ciudadanía política (que no consiste solamente en el ejercicio del derecho al voto). Pero cuando ya esta tendencia se confirma, otro movimiento surge con ímpetu: la emigración llamada salvaje (fuera de las necesidades de la economía y del control del estado). Los grandes desplazamientos de poblaciones que huyen de la miseria y del hambre son una consecuencia directa del estado de desastre social y económico de los países del tercer mundo.

Estas emigraciones se producen, antes que en cualquier otro sitio, en el interior de los continentes pobres pero ya empiezan, aunque muy lentamente, a desembarcar en nuestras viejas sociedades.²

Estas iniciativas y estos debates eran el prelude de un «ir más allá» del antirracismo humanista y era al mismo tiempo el inicio de una oposición al sistema como algo que formaba un todo. El poder político no se equivocará e intentará, a su manera, aprender la lección del sentimiento anti-recuperación que se expresaba en «Convergence 84». Cambiando de táctica, opta por dar soporte a una nueva organización que nace en el mismo momento en que desaparece «Convergence». Éste -el movimiento SOS Racisme- recibirá una no despreciable ayuda financiera del Estado. Quizás un dato más importante todavía que el económico: recibirá un tratamiento privilegiado de parte de los mass-media. Se fabrica rápidamente un líder-vedette que tenga la bendición del «Príncipe», es recibido por los notables de la política y de la cultura, tiene todos los favores de la televisión y de los periódicos. Es un éxito. Se venden millones de estatuillas-símbolos del movimiento y un concierto en junio de 1985 reúne en París a medio millón de personas. Sin embargo, bajo casi todos los aspectos, SOS Racisme se halla en el extremo opuesto de los movimientos precedentes. Mientras Convergence reivindicaba de manera ofensiva unos nuevos derechos, colocaba el acento en el conjunto de las desigualdades e injusticias sociales, volvemos ahora con ellos otra vez al terreno del anti-racismo, de la defensa del emigrante al que hay que integrar en la sociedad francesa tal como es. El emigrante es el «protegido» y los franceses antirracistas los «protectores»... Se da prioridad a la política de gran espectáculo en vez de dársela a las acciones de base de los barrios; en vez de dar la palabra a los jóvenes de los grupos locales se organizan coloquios en donde los «intelectuales de profesión» disertan sobre la

condición del emigrante. En su conjunto, es una vuelta atrás, hacia las prácticas políticas tradicionales, con todos sus defectos: elitismo, ausencia de control de las organizaciones por los que ellas dicen representar, especialización y división de funciones, etc. La distancia es enorme con las realidades sociales vividas por la mayoría de los jóvenes emigrantes. Los grupos políticos, desde los troskistas a los socialistas ven en ello una reserva de futuros adeptos y se trabajan los raros comités que se crean principalmente en el ambiente universitario. De esta manera, SOS Racisme se convierte en un trampolín para toda una fauna de la pequeña burguesía de origen emigrante (universitarios, artistas etc.) que utilizan la organización para auto-promocionarse. Como sucede en USA, en la comunidad negra, se quiere convertir el éxito social de esta minoría en la prueba de la integración de la masa que, por su lado, continúa arrastrándose entre la triste miseria del paro y la marginación social.

Un dato muy revelador de la orientación política de este movimiento fue su constante esfuerzo en reducir la integración de la emigración al «derecho al voto». La izquierda comprendió que, entre la gran masa de jóvenes procedentes de la emigración (muchos de los cuales poseen la nacionalidad francesa), reside una enorme fuerza electoral de cara al futuro que es necesario movilizar. Si, como decía un militante de Convergence, es importante que los emigrantes tengan «el derecho de abstenerse a votar», es difícil hacer creer que la obtención de este derecho pueda comportar cualquier alivio a los problemas de estos jóvenes. A lo sumo SOS Racisme ha permitido, mediante una brillante maniobra de espectáculo político, convertir un movimiento revolucionario de jóvenes proletarios marginados en un respetable movimiento de buenas conciencias. Así se ha creado un lugar común de unidad para toda la izquierda tan decepcionada por la política socialista. Este esfuerzo no es nada desdeñable en período electoral...

Desde un punto de vista libertario, la constancia de este retroceso no debe impedirnos apreciar una reacción que toma cada vez más fuerza. En la medida que SOS Racisme se instala como representante respetable del antirracismo, tanto menos representa a los jóvenes originarios de la emigración. No existe prácticamente ningún lazo con las redes locales creadas por estos jóvenes, ya que les echan en cara compromisos y manipulaciones de cualquier clase. Este rechazo de la recuperación política –dentro de los planteamientos de Convergence– tomó a veces formas ambiguas en la formación de grupos que se organizaron alrededor de las «identidades nacionales específicas». Así surgió por ejemplo el grupo «Jóvenes árabes de Lyon y de sus alrededores» muy arraigados localmente y en abierta oposición a SOS Racisme.

Rechazando claramente «ser árabes como es francés Le Pen», este grupo –que cuenta con una mayoría de mujeres jóvenes– expresa un claro rechazo al elitismo y a todas las formas de delegación del poder e insiste en la necesidad de una auto-organización. Inspirándose en el ejemplo de los negros americanos, condena el electoralismo como «algo inadecuado para solucionar nuestros problemas».³

Quisiera dejar claras dos cosas a manera de conclusión. Por un lado, y mas allá de las formas que haya tomado hasta ahora, la efervescencia existente entre los jóvenes provenientes de la emigración, es un factor de desestabilización social en Francia. Puede entenderse como una llaga viva, de la misma manera que puede sumergirse bajo el efecto de una descomposición social creciente (como ha sucedido en los guettos americanos). En último análisis todo depende de la evolución de la crisis de las luchas sociales. Es aquí donde se halla bien situado el problema: ¿cómo se puede integrar a toda esta juventud en el período actual caracterizado por un estancamiento y por los enormes índices de paro? En segundo lugar y desde un punto de vista libertario hay que reconocer que encontramos en todos estos movimientos una preocupación por la acción autónoma, que desconfía de las organizaciones políticas verticales. Esta actitud parece caracterizar el nivel de conciencia social del momento presente. En medio de la pasividad engendrada por la crisis, hallamos un factor de optimismo.

Ch. R. París, diciembre de 1985

Notas:

1. *La ruée vers l'égalité*, Ed. Mélanges, (44 rue Ramponeau, 75020 Paris), 1985

2. El grado de barbarie en la represión del Estado hacia estos movimientos salvajes de la población está en relación directa con la riqueza de estas sociedades. El ejemplo más reciente y alucinante es el proyecto del gobierno indio de construir un muro de 3000 kilómetros de alambradas para aislar el Bangla-Desh e impedir de esta manera la emigración clandestina. Su coste es igual a los dos tercios de la ayuda otorgada para el desarrollo rural y será con toda probabilidad construido por trabajadores emigrantes bengalíes. (*Le Monde*, 21/11/85)

3. Texto de la presentación de JALB (Jeunes Arabes de Lyon et sa banlieu) AEJI, rue Diderot, 69001. Lyon

DE NUEVO EL REALISMO

En un libro precioso sobre el cine alemán anterior al nazismo,¹ S. Krakauer describe perfectamente el espíritu que animaba a la 'Nueva Objetividad', la tendencia hegemónica durante los años de estabilización en Alemania, 1924-1929. Después de un período agitado entre guerra y revolución, de expectativas desbordantes plasmadas en el expresionismo, surge el nuevo realismo acomodaticio a la situación existente durante la República de Weimar. Cinismo, resignación, desilusión, son los caracteres esenciales, para Krakauer, de este período de parálisis.

Alemania acaba de pasar en pocos años por una experiencia rica en perspectivas y expectativas revolucionarias, con la guerra como telón de fondo. En noviembre de 1918 los consejos de marineros proclaman en Kiel «la república de los consejos» que, como gota de aceite, se impone en nueve días en toda Alemania. El omnipotente partido socialdemócrata se encargará de llevar esta explosión revolucionaria a su fracaso, quebrando la espina dorsal de las fuerzas revolucionarias. Noske, elegido por la revolución, organizará contra ella la represión armada. En enero de 1919, oficiales del Freikorps asesinan a Rosa Luxemburg y a Karl Liebknecht. A finales del mismo año se proclama la República de Weimar: inflación, empobrecimiento de la clase media, estabilización del marco con el Plan Dawes, a partir del 1924. El crack de 29 acabará con esta falsa prosperidad y será el preludio del nazismo. En los años de expectativas, antes y durante la guerra y la revolución (1910-1922), el expresionismo configura el tejido social alemán. Más que una tendencia artística es un fenómeno filosófico ligado a una manera de ver el mundo, de interpretar la realidad y la vida. Representa la rebelión de una generación frente a un mundo decadente. Concibe el arte como una reforma radical de la vida. Postula la unidad entre el arte y la vida, rechazo de la apariencia y exaltación de la verdad subjetiva. *Der Sturm* (1910), *Die Aktion* (1911), revistas del movimiento expresionista, son revistas militantes. Son estos planteamientos y estas expectativas las que ligan a los artistas a la revolución de noviembre de 1918. Los dadaístas, criticando el aspecto metafísico del hombre nuevo de los expresionistas, culminarán esta evolución llevándola hacia el compromiso político en contra de la República de Weimar. La pantalla refleja como ningún otro arte, debido quizás a su carácter de masas, esta fermentación de la vida interior, esta expresión de experiencias y sensaciones. Los personajes encarnan siempre impulsos y pasiones, figuras alegóricas requeridas para la exteriorización de visiones interiores. La rebelión contra

el mundo exterior, contra la realidad exterior, se concreta en la estigmatización de la autoridad, de la tiranía y el caos. El rechazo de una autoridad estatal omnipotente que se manifestaba en la generalización del servicio militar obligatorio y las declaraciones de guerra. En 1920 «El gabinete del Dr. Caligari» de K. Mayer y R. Wiene, marca todo este panorama, al que seguirán «Nosferatu» de F.W. Murnau, y «Dr. Mabuse» de F. Lang. El paso de esta rebelión a la sumisión se da en el período de estabilización (1924-1929). Fin de la inflación, calma social. El cine se vuelca hacia al mundo exterior, no para criticarlo sino para velarlo. Sumisión a las autoridades de la joven república, reconciliación de clases. «Metrópolis» (F. Lang, 1927) ilustra bien esta perspectiva: el corazón ha de mediar entre la mano y el cerebro, entre el trabajo y el capital. Al inicio de la República de Weimar una nueva actitud surge entre los intelectuales y republicanos lúcidos, hacia una nueva objetividad. Tendencia artística que quiere trabajar sobre la realidad cotidiana y actual sin tomar partido y aceptando las condiciones de la sociedad industrial y de acuerdo con las autoridades socialdemócratas. A partir de esta misma actitud se constituye una ala derecha que evolucionará hacia el fascismo, la propiamente llamada 'Nueva Objetividad', y una ala izquierda, los Veristas, cada vez más distanciados y con problemas con la autoridad.

En 1925, Hartlaub organiza en el Kunsthalle de Mannheim una exposición: «La nueva objetividad. La pintura alemana postexpresionista». *Neue Sachlichkeit*, es pues el nuevo término acuñado por el director del museo de Mannheim para definir el nuevo realismo en pintura. «Está relacionado con el sentimiento general contemporáneo en Alemania de resignación y cinismo después de un período de esperanzas exuberantes (que había encontrado su salida en el expresionismo). Cinismo y resignación son el lado negativo de la 'Nueva Objetividad'; el lado positivo se expresa en el entusiasmo por la realidad inmediata, como el resultado de tomar las cosas en forma totalmente objetiva, sobre una base material, sin revestirlas inmediatamente con implicaciones ideales». Y continúa Krakauer después de la cita de Hartlaub: «En otras palabras, Objetividad indica un estado de parálisis. Cinismo, resignación, desilusión; estas tendencias señalan una mentalidad poco inclinada a comprometerse en dirección alguna. El rasgo fundamental del nuevo realismo es su disgusto por formular preguntas, por tomar partido. La realidad se retrata no tanto para que los hechos expresen su contexto sino para ahogar todas las implicaciones en un mar de sucesos».²

La exteriorización de los procesos internos del expresionismo, es sustituida por la traducción de los procesos externos, mera fotografía de una realidad que pedía a gritos ser criticada e interpretada. La excitación pasada es sustituida por la indiferencia, por la descolorida neutralidad de no tomar partido.

El ejemplo más claro de esta parálisis nos la vuelve a dar la pantalla. «La calle sin alegría» rodada por G.W. Pabst en 1925, descripción de la Viena durante los años de la inflación, y «Berlín, sinfonía de una gran ciudad», film de W. Ruttmann (1927) sobre un día normal de trabajo en Berlín, muestran claramente como bajo el intento de penetrar la vida real, se evita a toda costa sacar las conclusiones que del retrato de la miseria social podían sacarse. Dice Krakauer en 1928 hablando de «Berlín...»: «Ruttmann, en lugar de penetrar su inmenso tema con una comprensión verdadera de su estructura social, económica y política..., registra miles de detalles sin relacionarlos, a lo sumo, conectándolos por medio de transiciones ficticias, vacías de contenido. Su película puede estar basada en la simbólica idea de Berlín como la ciudad del 'tempo' y del trabajo; pero esta es una idea formal que no implica tampoco contenido, y quizás por esta misma razón embriaga y apacigua a la pequeña burguesía alemana en la vida real y en la literatura. Esta sinfonía fracasa en señalar algo porque no descubre ni un solo contenido significativo».³ El enfoque es siempre superficial debido al mismo método, debido al mismo montaje de innumerables tomas: Cross-section. Este método descansa sobre las cualidades formales de los objetos más que sobre sus significados; éstos son sepultados en una sobreabundancia de hechos. Es indiferente el contenido. Estas películas de montaje podían producirse a bajo costo y ofrecían además una oportunidad bien pagada de mostrar mucho y no revelar nada.

Para terminar, dos citas aún, que van al meollo mismo de lo que fue el nuevo realismo o la nueva objetividad. G.Lukács escribía en *Problemas del Realismo*, en 1955: «El realismo de la Nueva Objetividad es tan apologético y se aleja tanto de la reproducción poética de la realidad que podría figurar en el patrimonio fascista».⁴ Y Ernst Fischer en 1966: «El nuevo Realismo, que presenta los objetos reales como obras de arte, irrealiza de hecho aún más radicalmente la realidad que la abstracción más extremada. No hay nada más irreal que el objeto o el hecho retirado del hilo conductor de su pasado y de su futuro, y librado al espectador fuera de su contexto, completamente disecado».⁵

Si me he extendido tanto en citas, en caracterizar un período y una tendencia, es porque creo que viene muy a cuento con lo que nos pasa hoy aquí entre nosotros, en la España de 1986, también con la omnipotente socialdemocracia, ahora monárquica es cierto, pero que estaría presta en volverse republicana o consejista,

como lo hiciera en la Alemania de los años 20, si la irrupción de un movimiento revolucionaria así lo aconsejara. Volvamos a los caracteres definitorios de la Nueva Objetividad: cinismo, resignación, desilusión, e intentemos comprender nuestra situación. Cómo de la desilusión se pasa a la paralización, del desencanto a la pasividad; de las expectativas a la perplejidad; de entender el guiño que la realidad nos hace desvelando un más allá detrás de las apariencias, a la constatación de su opacidad debida también precisamente a una sobreinformación. Y entender por otra parte cómo de la resignación se avanza, ahora ya en positivo con la decisión del poder, hacia el cinismo. Este segundo camino es el que ha recorrido nuestra «inteligencia» socialdemócrata, y es en el que quería detenerme. No se trata ciertamente de lamentaciones o de cabreos porque no hayan hecho lo que decían querer hacer. Sabíamos ya de la social-democracia gestora del Capital en crisis; sabíamos cómo y en qué condiciones y para qué llegaron al poder; sabíamos de otras evoluciones parecidas, la más próxima en Francia, aunque nuestros políticos socialistas empiezan por donde los otros acaban (dejar de lado cierta nostalgia socializante: nacionalizaciones...) y con la impresión de que lo hace no a disgusto sino a placer. No, no se trata de esto sino solamente de anotar este desliz hacia el pragmatismo que nos quieren vender como realismo, como nueva objetividad, fuera del cual sólo hay infantilismo, viejas doctrinas, estereotipos. Ante esto, sólo queremos comprender este pragmatismo y en lo posible estigmatizarlo.

Retomemos lo dicho. El realismo vela la realidad, y la vela precisamente porque la reduce, la camufla, le quita lo posible y este posible es parte constitutiva de la realidad. El realismo consistirá pues en sujetarse a esta parte más aparente de la realidad, sin criticarla, sin ver su cambio posible, pensando que lo que hay es todo lo que puede haber. Esta es la esencia del pragmatismo. Empieza por una crítica al subjetivismo, a lo ideológico, y un reconocimiento de la realidad, y acaba en el cinismo más grosero: si se ha de ganar, se gana (ver el caso del pasado referéndum sobre la OTAN).

Este pragmatismo incluye por un lado la ridiculización de toda crítica, tachando de infantilismo, irresponsabilidad, moralismo, testimonialismo, individualismo, cualquier posición que no se identifique con la única posición posible como tal determinada por el poder, convirtiendo en maximalista la más leve disensión; y por otro lado la generación de una nueva ideología a partir de la superación de lo que llaman la vieja: revolución, proletariado... De esta forma este pragmatismo se impone y arrasa, fascina y ocupa todo el espacio. Lo que antes era clarividente (crítica del nacionalismo, del imperialismo norteamericano, de la

OTAN...) ahora se torna en un primer tiempo complejo, y en un segundo tiempo la clarividencia se invierte. Hemos dicho que este pragmatismo ocupa todo el espacio. Nada escapa a su universo, y mucho menos el que está sólo un poco más abajo de las esferas del poder, como es el caso de la «intelectualidad» de izquierdas y sus Conferencias, con sus empeños nacionalistas, democráticos y socializantes. Su pretendida búsqueda de una opción de izquierdas no es sino la adopción de un neoliberalismo o un neoliberalismo a la americana, paso ya dado individualmente por cada uno o en pequeños círculos y que ahora se quiera dar colectivamente para conjurar lo que aún pudiera tener de vergonzante. Otra vez el pragmatismo se ha impuesto. Contra todo pronóstico, la aserción de Marx ha resultado ser cierta, su ser social se ha impuesto a su conciencia. Su estamento o capa social, la «intelectualidad» en el poder o cerca de él, gestiona el capitalismo en crisis, más allá de su conciencia revolucionaria.

Para acabar ya, una última derivación de este nuevo realismo, de esta nueva objetividad: paradójicamente se torna portavoz de la subjetividad. Subjetividad,

intimidad, son el reclamo publicitario del actual pragmatismo. La nueva objetividad reduce la realidad, reduce la participación al voto, y se ve obligada a potenciar, más allá de la posible participación en lo social, una intimidad aunque sea mediatizada y falsa. La ilusión de una realización individual en casa, en el trabajo, en la familia, en las aficiones culturales o culinarias o deportivas, encubre y mixtifica la realidad del ser social, comunitario, capaz de transformar la realidad.

Etcétera

Notas

1. *De Caligari a Hitler, una historia psicológica del cine alemán*. S. Krakauer. E. Paidós, 1985
2. O.c. p. 157
3. O.c. p. 177
4. G. Lukács. *Grandeur et chute de l'expressionnisme*, en «Problemes du realisme». Berlin, 1955.
5. *Le Marxisme et l'Art*. E. Fischer. Denoel 1970. p. 61

Correspondencia

REFLEXIONES SOBRE LOS FINES Y LOS MEDIOS DE UN MOVIMIENTO DE TRANSFORMACIÓN SOCIAL

SUGERENCIAS PARA UN DEBATE

1) La teoría de la transformación biológica (evolucionismo, transformismo) se ha enriquecido mucho en las últimas décadas de este siglo, sin que se pueda afirmar que las nuevas enseñanzas hayan dado con una «verdad» definitiva y absoluta.

Se puede decir lo mismo con respecto a la teoría de la transformación social que plantea, de entrada, el perfeccionamiento de las relaciones entre los hombres, relaciones consideradas por nosotros (tenemos que aclarar qué entendemos por «nosotros») como «alienadas» y «alienantes» (conceptos que debemos clarificar), principalmente en lo que respecta a algunos aspectos institucionales como EL DINERO, LAS CLASES, EL ESTADO, ...

2) La reflexión –y por consiguiente, el debate– sobre estos aspectos de la existencia humana, que juzgamos negativos o irracionales debe evitar en cuanto sea posible abusar de las abstracciones, éstas se convierten a menudo en «hipóstasis» (personifica-

ción-reificación, absolutización de conceptos), tal como podemos constatar si leemos o escuchamos a los apologistas de la estrategia de la «disuasión nuclear»: «La URSS», «USA», «FRANCIA»; incluso nociones que nos son familiares como «el capitalismo», «el socialismo», «el comunismo», «el marxismo», etc. El abuso de la hipóstasis o abstracciones mitificadoras, favorece principalmente a los hombres del poder (económico, político, ideológico) a quienes interesa mantener y apoyar las instituciones y sistemas jerárquicos establecidos.

3) Conviene saber que la lucha que llevamos a cabo se caracteriza por dos rasgos negativos: a) somos relativamente pocos. b) nuestra actividad de propaganda es básicamente crítica; sabemos lo que hay que suprimir pero somos más discretos ya sea en los aspectos concretos de las nuevas relaciones que deben establecerse o sobre los medios concretos que debemos utilizar para obtener nuestros fines.

4) Si tuviéramos que sacar una conclusión de esta doble constatación podríamos decir (estaríamos tentados de decir) que los dos rasgos negativos de nuestro combate encuentran una justificación «objetiva» en el fracaso de lo que viene a llamarse comúnmente el «movimiento obrero», del que podríamos situar los inicios en la tercera década del siglo pasado (1830-1840). Este movimiento ha encontrado su expresión teórica e ideológica en una rica literatura producida a lo largo del siglo XIX; nuestro siglo XX no sólo la ha heredado sino que incluso la ha enriquecido a la luz de las grandes crisis sociales que representaron las guerras y las revoluciones. Si hoy debemos admitir que ni la teoría ni la práctica del movimiento obrero han logrado modificar la situación de crisis permanente en la que se halla inmersa la humanidad y que por este mismo hecho nos hallamos más lejos que nunca de un mundo «sin dinero, sin clases, sin Estado», por este mismo hecho, ¿no debemos cuestionarnos la racionalidad y la utilidad de un «combate» que se limita en lo esencial, a la pro-

ducción de textos críticos que evitan de manera casi sistemática la reflexión fundamental que trate de la verdadera adecuación de los medios de la lucha a los fines soñados?

5) Existe la costumbre de dar al concepto de «Utopía» un sentido peyorativo, aunque, cada vez más, se oigan voces que alaben las construcciones imaginarias que se han sucedido a lo largo de muchos siglos, antes y después de Tomás Moro. El mundo que soñamos coge, sin lugar a dudas, muchos rasgos de estas comunidades que tienen su origen tanto en la imaginación como en la comprensión racional. Lo que sí puede parecer paradójico es el mínimo interés que los «militantes» (palabra a precisar) sienten hacia el problema de los medios como presupuestos absolutos de la práctica «subversiva». Dando a la «Utopía» un significado positivo, podríamos decir que todavía queda por inventar la UTOPIA DE LOS MEDIOS.

M. R.

(Continuará)

REFLEXIONES SOBRE EL TRABAJO PUBLICADO EN ETCÉTERA N° 8 ACERCA DEL NACIONALISMO.

A mi parecer, el concepto de nación se confunde con los otros conceptos llamados Estado, Gentes, Tribus, Clanes, etc.

Estas realidades sociales están inscritas, en las estructuras que los hombres han creado y que datan de los tiempos anteriores a nuestra historia escrita. Las sociedades humanas desde el Paleolítico ya estaban estructuradas; las instituciones ya creadas un tanto arcaicas en aquellas épocas se fueron perfeccionando poco a poco, transformándose en una gigantesca tela de araña, donde todos los pueblos del planeta están enredados sin distinción de razas y lenguas.

Las lenguas y las fronteras, no han sido jamás un obstáculo a la asimilación de culturas... venidas del exterior bien por medio de invasiones, o por el simple sistema de intercambio (trueque). Cuando un grupo humano ya estructurado y que por imperativos de orden demográfico, o bien por necesidades económicas, adopta una actitud expansionista frente a otros grupos humanos, el grupo vencedor absorbe a los vencidos y asimila sus técnicas y su cultura si estas dos sirven para fortalecer el nuevo grupo así creado. Los primeros

reinados de nuestra prehistoria se han formado de esta manera, es decir, la noción de la nación ya en aquellas épocas no era una noción abstracta; la posesión del nuevo espacio adquirido se integraba en las formas culturales y jurídicas de los vencedores; el rey tomaba una nueva dimensión y por consecuencia la aparición de la aristocracia en gran parte secretada por la familia real. (Este preámbulo es necesario para significar que en la prehistoria de las sociedades humanas las clases y categorías sociales ya estaban bien cristalizadas; que las formas de acumulación de riquezas se operaban por especialistas; —formas de impuestos a ciertos sectores de la población y ausencia de impuestos a otros sectores—).

«La cultura», a pesar de su carácter universal, ha sido en todas las épocas, controlada por las clases dominantes. Si no ¿cómo explicar la continuidad en la dominación de una minoría sobre una mayoría en todo el curso de la historia humana? Debemos admitir como he afirmado en otro trabajo sobre la sociobiología, que las instituciones así creadas han sido en todo tiempo de una eficacia extraordinaria...

Todos los nacionalismos son de la misma naturaleza, aunque las lenguas sean diferentes; cosa curiosa, vemos que existe una cierta uniformidad en las estructuras en que se basan las instituciones nacionalistas, a pesar de la diversidad de razas y lenguas. Si se puede observar diferencias entre un estado y otro, son en general de orden técnico-industrial o demográfico, pero las estructuras fundamentales de todo estado, son esencialmente las mismas, es decir, piramidal y jerárquicas. Toda unidad nacional es necesariamente de naturaleza económica y no lingüística. Pueblos de una misma lengua se han masacrado por motivos económicos durante el siglo XVIII y XIX en Europa y en América; es evidente, que es inconcebible establecer diferencias fundamentales entre una nación u otra. Los instrumentos de dominación y de opresión, han adquirido por encima de las fronteras, un valor universal; si las formas de opresión pueden variar de una nación a otra, el objetivo principal es de mantener la explotación del hombre por el hombre.

Raramente los conflictos entre naciones, han sido determinados por las diferencias de lenguas. ¿Cómo explicar la diversidad de estados germánicos: Silesia, Prusia, Wesfalia, Pomerania, etc.? La unificación de Alemania se efectuó por las tropas hitlerianas; Renania y los vestigios de una cierta autonomía de Baviera, fueron suprimidos durante este período y por tanto, todos los estados germánicos hablando la misma lengua han vivido autónomos durante un largo período de su existencia. El mismo fenómeno con la unificación de los estados italianos en el siglo XIX sin hablar, de los Estados Unidos a mediados del siglo XVIII y durante el siglo XIX.

En sentido inverso, la unidad de España se hace efectiva a partir del siglo XV a pesar de la diversidad de lenguas y razas (más de seis lenguas son habladas después de la unión de Castilla y Aragón). Los elementos que constituyen una nación, son los resultados objetivos que los hombres han creado a través de las instituciones para perpetuar una sociedad dividida en categorías sociales. La identidad de un pueblo no se valora por el hecho de hablar una lengua diferente; los vascos, catalanes, gallegos, castellanos, etc, tienen las mismas necesidades, las mismas angustias y los mismos deberes de solidaridad humana. En cuanto a la cultura, ella misma no es la propiedad de una nación o de un pueblo; tiene un carácter universal y pertenece a la humanidad entera. Las identidades nacionales reposan siempre sobre el concepto de diferenciación regional o lingüístico pero jamás cultural.

En realidad, se cultiva una mística, o mejor dicho una metafísica, haciendo creer que las autonomías de

los vascos, catalanes y otros pueblos ibéricos van a resolver los problemas de carácter ético o socioeconómico, como no será solución la hipotética unidad política y económica de Europa, en tanto que existan las estructuras capitalistas con sus instituciones represivas, es decir, la tela de araña en donde los pueblos del planeta están enredados.

Las identidades nacionales, las formas de vida, las formas de expresión, son un combate de naturaleza exclusivamente capitalista; un método de combate que no tiene nada que ver con los intereses del proletariado. La ambigüedad de estas reivindicaciones, reside en la creencia de que es una realidad objetiva, la diferencia de un pueblo u otro. Los estados y las naciones se han formado por encima de razas y de lenguas; las raíces del nacionalismo han sido siempre, de orden puramente económico. Las lenguas no han sido un obstáculo político como he dicho anteriormente, ni a la unificación de un país, ni al desmembramiento de una nación; más de 20 naciones han adquirido su «independencia» en América durante el siglo XVIII y XIX, hablando la misma lengua. En sentido inverso, en Gran Bretaña, hace aproximadamente tres siglos que se ha unificado este país, y en la actualidad se hablan más de tres lenguas, sin contar España, Italia, Bélgica, etc., (en China, actualmente, se hablan más de diez lenguas).

Es decir, que el lenguaje no es el factor principal del concepto de nación ni de la realidad nacional. Para deshacer el mito del hecho nacional, en Francia, por ejemplo, fue Luis XIV el verdadero inventor... de la unidad francesa, en la cual se hablaban también más de seis lenguas y no lo fueron los revolucionarios de la Convención de Septiembre de 1792; en este orden de ideas la Revolución Francesa establece medidas más reaccionarias que durante la monarquía de Luis XVI, suprimiendo las corporaciones que reglamentaban el trabajo en cada oficio y que beneficiaban de una cierta autonomía vis a vis del estado monárquico. Fueron suprimidos todos los bienes comunales (tierras, derechos de caza, etc.), que fueron absorbidos por las burguesías locales dejando a los campesinos franceses más pobres que durante la monarquía y a los trabajadores de las corporaciones sin organismos de defensa. Si cito estos ejemplos, es para deshacer el mito de la progresividad de la revolución francesa, de la revolución rusa, al mismo tiempo, recordar que la naturaleza de una nación, reposa sobre estructuras altamente jerarquizadas. Las «aspiraciones nacionales» del pueblo catalán, vasco, castellano, etc., son de esencia orgánica capitalista, es decir, que están hechas para asegurar la continuidad de la explotación del hombre por el hombre.

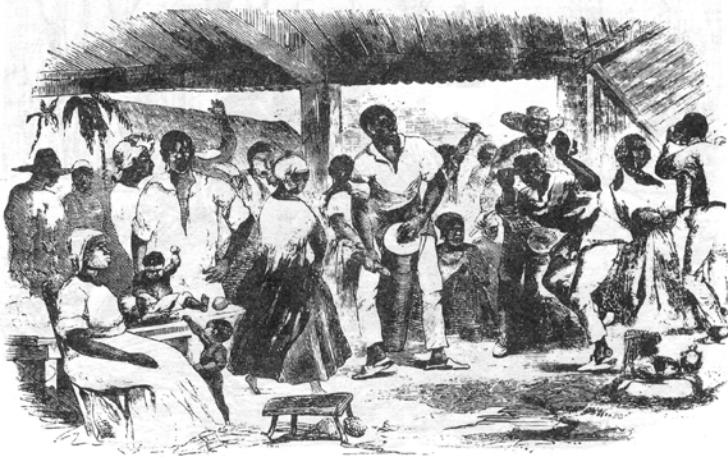
A.R., París 1986

Hemos recibido...

«...Y LOS DOMINGOS SOÑAR CON UN MOVIMIENTO SUBVERSIVO.»

Después del silencio que supuso el final de la publicación de la revista, el grupo aglutinado en torno a *IN-Dolencia* ha vuelto a dejarse oír con un folleto en el que recogen, en 16 tesis, el resultado de sus más recientes discusiones.

«...y los domingos soñar con un movimiento subversivo», que así es como se titula el texto, viene a ser un intento de reflexión —o de limitación al menos— de los términos sobre la perplejidad que invade el espacio que en otro tiempo ocupara la reflexión y acción pretendidamente revolucionarias.



Baile de esclavos [c 1865]

La constatación del fracaso, tanto de los instrumentos teóricos (crítica de la política) como de los prácticos (proyecto revolucionario), nos ha arrojado a una pendiente en el que la «ausencia de proyecto» es lo que caracteriza cualquier manifestación de la multiplicidad del antagonismo social. El impacto de la técnica sobre la sociedad capitalista; la pérdida de la centralidad de la clase obrera que hace, precisamente, que el antagonismo social se despliegue por todo el tejido social; el discurso legitimador de la guerra, etc., son algunos de los puntos abordados que sirven a los autores para llegar a asumir esa «ausencia de proyecto», como la única posibilidad de resistencia frente al poder, en tanto expresión del no-sentido frente al sentido real del Poder. Se trataría, pues, de sustituir a Prometeo por Sísifo en la mitología revolucionaria. Ya no habría sujeto revolucionario concreto (clase obrera) capaz de llevar a cabo un proyecto emancipador; más bien, estaríamos ante una multiplicidad de sujetos que expresan su antagonismo

fragmentario y carente de sentido (proyecto), como única tarea real de la existencia humana sometida. «En el fondo siempre ha sido así. Para el Poder, la resistencia no ha sido sino el no-sentido. Ahora se trataría de llevarlo hasta el final. Defender toda forma de revuelta cada día de la semana. Los domingos, soñar con un movimiento subversivo».

Una objeción general cabría hacer —sin que por ello se agoten todas las posibilidades críticas al texto, por lo demás rico en sugerencias— en el sentido de que, quizás por huir de la rigidez economicista, se ha ignorado la dimensión económica de la realidad social abordada. Decir, por ejemplo, que la clase obrera ya no es el «centro» de las contradicciones del sistema capitalista, exige, al menos, matizaciones. Caeríamos en un análisis de corte eurocéntrico, ya que ignoraríamos la creciente extensión de la clase obrera en los nuevos países industrializados hacia donde se desplazan los procesos intermedios de producción en consonancia con la unificación real del mundo bajo el capital.

Por supuesto, el texto reconoce el carácter mundial de la dominación del capital, pero a la hora de la exposición de las tesis, parece quedarse circunscrito a la situación particular de los países del capitalismo central (Europa-USA) haciéndose eco de la literatura sociológica y de sus «despedidas» a la clase obrera.

La ocultación de las realidades económicas, bajo la proliferación de «lo social», en las regiones centrales del capitalismo, no es sino la consecuencia misma del fetichismo que la producción general de mercancías lleva consigo. El fundamento de la sociedad capitalista es el valor de cambio; la circulación de la mercancía; y la irracionalidad misma, patente en el discurso belicista, es inseparable de la racionalidad de un sistema social en que la producción de muerte para la muerte (la producción de desperdicio y, más concretamente, la producción armamentista) es el elemento dinamizador de la actividad general del sistema (tanto en los modelos de capitalismo mixto, como en los de capitalismo burocrático oriental).

De cualquier modo, y porque precisamente incita a la crítica, es por lo que quisimos recoger en esta breve reseña la invitación a su lectura.

(Para pedirlo, podéis escribir a: Indolencia. Rec Condal 18. Barcelona).

A PROPÓSITO DEL LIBRO *LA BURGUESÍA CATALANA...*

El autor escribe esta reflexión a propósito de la lectura del libro de Bernat Muniesa *La burguesía catalana entre la II República española (1931-1936)*. 1. «*Il trovatore*» frente a *Wotan*. / 2. *El triunfo de Wagner sobre Verdi*. (Edit. Anthropos)

Si a la terquedad de las ideologías nacionales (nacionalistas) uniéramos la miseria espiritual de la burguesía, timorata ante la historia, y vesánica cuando las necesidades de su hegemonía social obligaba al recurso de la represión, tendríamos el retrato de la burguesía catalana, organizada entorno a la Lliga Regionalista. Y tal es la impresión que podemos obtener a la luz del exhaustivo trabajo de Bernat Muniesa sobre el comportamiento del catalanismo durante el período que va de la dictadura de Primo de Rivera hasta el final de la II República. Queda, así, evidenciada la falacia de la fe nacionalista de una clase dominante en la que la anteposición de sus intereses de clase siempre han primado sobre cualquier veleidad de construcción de la «patria catalana».

Por otra parte, de la incapacidad histórica de la burguesía catalana para constituir un estado catalán independiente, habla por sí mismo el hecho de que hasta el presente, el destino de la «nación» catalana haya estado unido al de esa otra «nación» española. En este sentido, cabría decir que la aportación de la obra que comentamos viene a ser una corroboración del carácter reaccionario de la burguesía catalana, pero que en ningún caso puede catalogarse de mera obviedad. Ateniéndose a los textos y comportamientos de su recorrido político, el autor, pone de relieve, entre otras cosas, que la burguesía catalana, que siempre adoleció de corteza de miras, nunca alentó un sentimiento nacionalista, sino regionalista. Y profesó un regionalismo pragmático, con la caja de caudales en Madrid y bajo la custodia del espadón de turno (ya fuera Primo de Rivera o el infausto suprageneral Franco). Por eso mismo sabotó cuanto pudo la II República y a la propia Generalitat presidida por F. Maciá. De este modo, con un trabajo académico en el que, a pesar de todo, se ha sabido superar el adocenamiento academicista con un implacable rigor, entreverado de una fina ironía, la burguesía catalana se ve confrontada consigo misma, con su propio pasado. Porque no hay que olvidar que la burguesía catalana ha sido históricamente deudora del proteccionismo económico, pero las discrepancias, en este caso, no son más que una querrela entre mercachifles de patrañas con aditamentos de la más barata sensiblería de saldo: patria española, patria catalana... solares patrios de la identidad castrada.

De cualquier modo, como queda perfectamente demostrado en la obra que nos ocupa, la formación social de Cataluña mismo, en los años 30, que encaramara a una burguesía meapilas y alicorta al vértice de la pirámide social, también significó, consecuentemente, el surgimiento de un proletariado, cuantitativa y cualitativamente fuerte, cuyo potencial revolucionario la lírica burguesa de los «Jocs Florals» no tenía ningún rubor en reprimir con el socorro de las espadas toledanas. Todo el trasfondo de las vicisitudes políticas de aquellos años cruciales son indicativos de la realidad subyacente de una irreconciliable lucha de clases que empuja a la Lliga hacia un nacionalismo imposible. Imposible por la «incomprensión» de sus propios aliados de la derecha carpetovetónica ante el «hecho catalán», e imposible, sobre todo por la siempre antipatriótica intervención de un proletariado que la arrinconaba contra las cuerdas. Porque no es tanto, como el autor insinúa, – y quizás tal apreciación responda a un desliz «sociológico» por su parte– una incapacidad subjetiva, de naturaleza personal, derivada de su miedo cerval a la clase obrera, lo que impidió a la burguesía catalana hacer las concesiones que, en el orden de los derechos políticos y sindicales, la burguesía británica hiciera al proletariado, como el mucho más imperativo hecho de ser la clase dominante de un aparato productivo cuya tasa de acumulación impedía objetivamente la articulación de una táctica negociadora capaz de ofrecer contrapartidas aceptables a un movimiento obrero ascendente. El sindicalismo británico se encontró con una burguesía «comprensiva» y dúctil porque: su propio fundamento económico de dominación, el aparato productivo y el imperio colonial, así se lo permitían. Pero el caso de la burguesía en Cataluña era distinto. De ahí que la Lliga Regionalista fuese contemporaneizadora –y aliada– con la derecha centralista más ultramontana, cuando se trataba de hacer frente el empuje revolucionario del proletariado y que tampoco tuviera empacho de alinearse con Franco y sus sicarios, transmutando su provincialismo en fascismo puro y simple, una vez que viera su impotencia para contrarrestar la política progresista del frente popular. Obviamente, no podía haber sido de otro modo; al fin y al cabo, el «alma», «corazón» y «ser» reales de la burguesía no son sino sus dividendos, y su verdadera patria la preservación de su condición de clase dominante sobre el trabajo asalariado. A la hora de la verdad, las disquisiciones metafísicas en torno a la patria y otras zarandajas no tienen más sentido que el del divertimento ideológico de una clase dominante, que, como en este caso, reniega de Verdi para acudir al regazo de Wagner, con la misma pasión que abrazará el abominable credo de los militares africanistas y sus adláteres falangistas. Aunque ello comporte tener que «sacrificar» la identidad nacional de Cataluña en aras de cualquier

otra patria-patraña. A fin de cuentas, nacionalismo, fascismo, democracia... no son sino cartas diseñadas por y para la burguesía en función de los requerimientos de la dominación del capital en cada coyuntura histórica. Y no nos llamemos a engaño, en este sentido, los actuales herederos del, apurando los términos, nacionalismo catalán histórico, no hacen sino desempolvar las antiguallas propias del discurso de la identidad nacional instrumentalizado como ideología legitimadora de su gestión al frente de una Generalitat de Catalunya –constitucional y realmente concedida desde Madrid– dentro del actual proceso de reestructuración del capital en España.

Ya para acabar no quisiéramos pasar por alto la significativa peripecia de la obra hasta la aparición. De la sinceridad de los sentimientos que le merece la identidad catalana y de la apertura de espíritu de los actuales baluartes del nacionalismo, habla por sí mismo el hecho de que esta obra, redactada originariamente en catalán, y después de deambular de una editorial a otra, haya tenido que aparecer editada en castellano. O ¿será que la única pretensión que abrigan los probostes de la cultura catalana es hacer de la «seva (¿) molt estimada llengua» una jerga para compadreo de sacristanes, funcionarios y tenderos?

C.G..

UN BEAU VENDREDI

De Francia nos ha llegado un texto titulado «Un beau Vendredi», cuya intención es entresacar, de entre la creciente ola informativa, dos hechos significativos que tienen lugar un viernes, 20 de diciembre de 1985, en ese país.

En Nantes, en el Palacio de Justicia, dos detenidos toman a los magistrados como rehenes al tiempo que formulan una serie de exigencias, la libertad entre ellas, que hacen públicas a través de la pantalla de televisión.

En París los conductores del metro deciden lanzarse a una huelga espontánea, paralizando durante el día el vertiginoso ritmo de una ciudad que se prepara para las fiestas de Navidad.

Los medios de comunicación no pierden la oportunidad de relacionar ambas acciones, elaborando una información en la que la escandalosa acción que siempre supone la toma de rehenes se aplica a los dos hechos para calificarlos de chantaje.

Ambos comportamientos aparecerán, dentro de la moral dominante, como comportamientos irracionales: chantaje contra los jueces en un caso, chantaje contra la ciudad de París en otro.

Los protagonistas de ambas acciones han osado apartarse de la conducta normalizada, conducta que es necesario que todos observemos para que el sistema democrático brille por encima del detritus. Pero en el fondo lo que se descubre en este empeño de los servidores del poder de reelaborar continuamente la realidad, es el tremendo miedo de aquellos que pretenden hacernos temblar a todos.

DE LLENO EN EL M.I.L.

Desempolvar archivos de la militancia obrera y revolucionaria en Barcelona hace 10 años, ¿qué interés puede tener? Ciertamente, para el pensamiento hoy pragmático de los otrora izquierdistas, poco interés puede tener leer o publicar unos textos viejos y anacrónicos, ortodoxias pasadas, melodías ya sabidas, películas demasiadas veces vistas... Este pensamiento, ligado hoy al poder, acaba por imponerse con naturalidad, acaba por arrasarse y por hacer parecer viejos y pasados unos textos, unas ideas, una actividad, que solamente son viejos y pasados porque la intelectualidad de los actualmente en el poder así lo determina, pero cuya novedad es tan actual como actual es la explotación capitalista, la enajenación del trabajo, la guerra social.

El libro de A. Cortade no pretende mitificar un pasado ni hacer una apología del MIL, sino tan sólo traducir y publicar unos textos casi desconocidos trazando la línea de deriva del grupo que los pare, más allá del fácil estereotipo con el que se le ha querido clasificar: grupo terrorista, o antifranquista, o nacionalista, o anarquista o ultraizquierdista, grupo que representa para Cortade la experiencia mayor del movimiento revolucionario en la España de los últimos veinticinco años.

En cuatro capítulos sigue esta deriva y sitúa en cada uno los textos. En el primero, 1868-1968 traza una aproximación histórica: la entrada de la AIT en España. En 1910 CNT, Congreso de Zaragoza 1936, Mayo 37, Resistencia, luchas autónomas. En el segundo, 1969-1971, muestra las raíces de lo que será el MIL-GAC: Barcelona, PSUC, CCOO, Huelga de Harry-Walker, GOA, los equipos exterior, teórico y obrero. En el tercero, 1972-1973, estamos ya en plena actividad del MIL, expropiaciones, apropiación de armamento, material de imprenta, impresión, cajas de resistencia, ediciones (Mayo 37: Berneri, Ciliga, la revista CIA,...). Y el último, 1973-74: disolución, encarcelamiento, ejecución de Puig Antich.

Anotamos a continuación, el índice donde aparecen los documentos:

7. PREFACE

15. 1868-1968: JUSQU'AU BOUT DE LA NUIT

Documents

- 21. 1937 guerre des classes, 1973 guerre des classes.
- 26. Biographie de Francisco Sabaté.

29. 1969-1971: ENTRE LA REVOLUTION ET LES TRANCHEES

Documents

- 35. Le mouvement ouvrier à Barcelone
- 36. Que vendons-nous? Rien! Que voulons-nous? Tout!
- 37. Notes pour une analyse de notre tendance et de des perspectives

47. 1972-1973: EN PLEIN DANS LE MIL

Documents

- 63. Communiqué du MIL
- 63. Sur l'agitation armée
- 65. Autodissolution de l'organisation politico-militaire dite «MIL»

71. 1973-1974: BALLES PERDUES

Documents

- 81. Lettre de prison
- 81. 1000 ou 10.000
- 84. Lettre de prison
- 85. Qu'est-ce que la répression?
- 86. Vérités sur le MIL
- 87. Gangsters ou révolutionnaires? Fausse question pour fausse conscience
- 88. Lettre de prison de Puig Antich à sa soeur
- 90. Correspondance
- 92. Correspondance (suite)
- 93. A propos des groupes autonomes
- 94. Communiqué des groupes autonomes
- 94. Contribution à la critique de la situation présente et a son dépassement.

ANNEXES

- 97. Chronologie générale 1937-1976
- 115. Bibliographie
- 123. Schéma approximatif de la formation des groupes révolutionnaires espagnols
- 124. Sigles employés

CORRESPONDENCIA HABIDA EN TORNO AL TEXTO ANTERIOR.

(Viene de la pág. 271)

Por otra parte, represión (llevada a cabo de forma drástica en el terreno social como hemos visto en Alemania e Italia en lo que concierne al terrorismo) no ha de significar necesariamente polarización social; lo normal es que una cosa (represión) sin la otra (polarización de la sociedad) habitualmente genera consenso en los estratos medios y a menudo también en los sectores proletarios.

Por lo que se refiere al «modo de vida alternativo», no me inspira ninguna confianza en sí mismo, en cuanto a las posibilidades de transformaciones radicales: en condiciones normales, el estado occidental deja hacer y se limita a controlar eventuales alteraciones microscópicas o puntuales focos de conflictividad. De hecho, este tipo de alternativas se

limita en la mayoría de los casos a ocupar intersticios de la economía de mercado sin cuestionar sus mecanismos: normalmente sustentan una postura ideológicamente crítica pero sustancialmente más pobre y sumisa de lo que sería normal. Ver, por ejemplo, en Italia el paso de la ideología del rechazo del trabajo a la ideología del trabajo «creativo», a las prácticas del trabajo negro y pagado por debajo de lo normal a medida que se agudizan las condiciones de crisis. En condiciones de «anormalidad», crisis, agitación social, también sectores sociales marginales como los señalados anteriormente, pueden adquirir un papel imprevisible y en principio no despreciable, pero se trata de una posibilidad que hay que comprobar.

G.C.

